

Levantando las alas

Soledad

Martes 21 de octubre de 2014

Llegué a casa a las cuatro y media de la tarde. Me sentía fastidiada y molesta, no había sido un día fácil en el trabajo. Últimamente me costaba mucho esfuerzo ir. Y eso que solo trabajaba de lunes a miércoles. No tenía hambre, así que me di un baño. Supuse que eso me quitaría un poco el estrés. Prendí la televisión y no había nada interesante, la apagué y miré un rato por la ventana. Era la hora del tráfico, los conductores se veían alterados y tocaban el claxon porque no avanzaban, el tren pasaba y el ruido que hacía se sumaba al de los vehículos. Me distraje al escuchar los gritos de una señora que caminaba frente a la casa, le gritaba a un niño y lo jaloneaba, el niño lloraba y quería zafarse, ella caminaba más rápido, obligándolo a seguirle el paso. “¿Cómo puede hacer eso?”, me pregunté, ¿qué le hace el pobre inocente? Me aparté de la ventana enojada y nostálgica. Si yo tuviera un hijo, jamás lo trataría así.

Busqué un libro para salir de mis pensamientos. Estaba inmersa en la lectura cuando una cita me llamó la atención. La subrayé, le tomé una foto con el celular y la compartí en mi Facebook.

Pasaré solo una vez por esta vida.
Por lo tanto, cualquier bien que pueda hacer
o cualquier bondad que pueda mostrar hacia
cualquier ser humano, permitan que lo haga ahora.
No permitan que lo delegue o descuide,
porque no pasaré de nuevo por esta vida.

Pensaba en la frase cuando sonó el teléfono. No quería contestar, no tenía la menor intención de hablar con nadie. El teléfono seguía

timbrando, así que supuse que era importante y, al fin, contesté. Era la licenciada Núñez, del Sistema Nacional para el Desarrollo Integral de la Familia (DIF).

Lunes 10 de septiembre de 2012

Me sentía nerviosa, pero decidida. Me había arreglado un poco más de lo normal. Ese día pedí permiso para llegar tarde al trabajo. Sentí que las piernas se me doblaban al bajar del carro. En la entrada estaba un guardia.

–¿Qué se le ofrece? –me preguntó amablemente.

–Me dijeron que aquí están las oficinas del DIF, vengo a pedir información sobre las adopciones.

–Ya no están aquí, señorita, las cambiaron al Parque Central. No sé si ya estén funcionando. Apenas se cambiaron la semana pasada, pero allí le pueden dar información.

–Gracias –respondí, y me retiré rápidamente.

Me subí al carro. ¡No lo podía creer! Me había costado tanto dar ese paso y resulta que las oficinas ya no estaban ahí, qué coraje.

Me quedé un rato en el carro decidiendo si iba de una vez al Parque Central o me olvidaba del asunto y me iba a trabajar. Después de unos minutos manejé directamente al Parque Central. De una vez, pensé, no puedo estar pidiendo permiso a cada rato. Entré a las oficinas y vi todo en desorden: papeles en el suelo, equipo de cómputo y muebles por todas partes. En lo que parecía el módulo de información estaba un jovencito. Me dirigí hacia él decidida y le dije:

–Buen día, joven, vengo a pedir información sobre las adopciones.

–Buen día, señorita. Acompañeme, por favor.

Me llevó a una pequeña oficina. Un señor de unos cincuenta años estaba conectando la computadora.

–Licenciado –le dijo el joven–, vienen a pedir información sobre las adopciones, ¿usted puede atenderla?

El licenciado amablemente me saludó y quitó unos papeles de una silla para que me sentara.

–Por el momento no puedo proporcionarle mucha información. Como puede ver, estamos en proceso de cambio. No tenemos todavía ni líneas de teléfono, pero si gusta, déjeme sus datos para que se comuniquen con usted.

Anotó en un pedazo de papel mi nombre y número de teléfono.

–Eso es todo. En cuanto se programe un taller de escuela para padres, la llamarán para ver si todavía está interesada. Durante el año se dan tres cursos, pero como ahorita el DIF cambió de municipal a estatal, no sabemos si vamos a seguir igual o habrá cambios. En cuanto haya un curso disponible le informaremos.

Di las gracias y salí enojada. ¿Un taller para padres? ¿Así comienza el proceso? La verdad no lo entiendo, no soy madre. ¿Para qué quiero venir a un taller?, ilo que quiero es adoptar un niño! ¡Qué grosero! En el primer papel que vio anotó mis datos, ni siquiera en una hoja, y en todo ese desorden es fácil que lo pierda.

Querido Dios: ya eché las redes, tú decide qué voy a pescar.

MIS SUEÑOS

De niña soñaba que al crecer me casaría con un hombre guapo y rico, como pasaba con las princesas. Tendría tres o cuatro hijos, viviría en una casa grande y bonita con enorme jardín, con una sirvienta para tener todo el tiempo del mundo para cuidar a mis hijos y a mi esposo. Viajaríamos por muchos lugares del mundo y seríamos muy felices.

La realidad era muy diferente. No había encontrado a mi príncipe azul, y después de los treinta años me empecé a desesperar pensando que ya no tendría un hijo. Vivía con mis padres, y cuando les comentaba que quería tener un hijo, mi papá me decía: “No sabes la responsabilidad tan grande y lo difícil que es criar un hijo, más para una madre soltera; los niños necesitan de sus dos padres”. Lo escuchaba por respeto, pensaba que me decía todo ese rollo porque era anticuado, y porque tal vez le daría vergüenza que fuera madre soltera.

Por las noches pensaba: “¿Quién, de los hombres que conozco, podría ser un buen candidato para padre de mi hijo?”. Debería ser guapo, inteligente, alto –porque no me gustan los hombres chaparros–. ¡No me esperé tanto para tener un hijo feo y tonto! Además, tendría que someterse a exámenes médicos, no me expondría a que me pegaran alguna enfermedad o sida. Debía ser alguien confiable, pero ¿quién? En realidad, no conocía a nadie que llenara mis expectativas. Siempre he sido muy exigente, hasta conmigo misma, quizá por eso nunca encontré al príncipe azul, o no existe. Solo es parte de la imaginación que alimentamos de niñas cuando leemos los cuentos de princesas.

Lolita era mi amiga desde hacía muchos años. Con ella podía platicar de cualquier cosa, nunca me criticaba ni juzgaba, para mí era una persona muy confiable e inteligente, además de divertida, pues siempre me hacía reír. Yo le había platicado que quería tener un hijo, que en verdad lo deseaba. Un sábado que íbamos a El Paso y había mucha fila en el puente, mientras llegábamos a la garita de inmigración, le conté que había soñado que tenía un hijo y que todo el día había estado nostálgica. Mientras hablábamos, observé la publicidad de las tiendas. “¡Mira qué hermosas cosas de bebé! Yo le compraría pura ropa de marca. Mira esa cuna, qué hermosa. ¡Quiero tener un hijo y lo quiero ya! No me quiero frustrar, pero cada vez lo veo más lejano.” Ella manejaba y peleaba con los limpiavidrios que están en el puente. Volteó ya más tranquila y me dijo: “En el asiento de atrás está el periódico. Hay una nota que puede que te interese. Es el de ayer, pero lo guardé porque, al leerla, me acordé de ti”.

Tomé el *Diario de Juárez*. En una página completa venía la historia de algunos niños que estaban en albergues. Como se aproximaba la Navidad, les preguntaban qué querían pedirle a Santa. Ellos respondían que querían una familia, no juguetes, bicicletas ni pistas, solo una familia que los adoptara.

—A lo mejor es el medio por el que puedes tener a tu hijo —dijo Lolita con una sonrisa de complicidad.

—Mi hijo tiene que ser como yo, debe llevar mi sangre, no sé si pueda querer a un niño que no nazca de mí. ¿Qué tal si me dan uno feo o malcriado? La verdad, ni siquiera lo quiero considerar.

—Es una opción —respondió—, a fin de cuentas, tú decides, pero quieres un hijo y ellos una mamá. Qué irónico, ¿no crees?

Jueves 20 de diciembre de 2012

No traía carro, así que le pedí a Lolita que, por favor, me diera un aventón al trabajo. A las siete y media de la mañana pasó por mí.

De trayecto son aproximadamente treinta minutos. Estaba a punto de llegar, cuando recibí una llamada. Era mi hermano, que me fuera de inmediato al hospital porque durante la noche mi mamá entró en crisis y habían tenido que entubarla, que los médicos dijeron que ya no había nada que hacer. Ya se había comunicado con mis otros hermanos.

Lolita dio vuelta para dirigirse de inmediato al hospital. En el camino me decía que me tranquilizara, que quizá ya era momento de que mi madre partiera. Me molesté mucho.

—¡Mi mamá no me puede hacer eso! —le grité—. ¡No nos puede dejar a mi papá y a mí solos!

—Ya es momento de que tu mamita se vaya, déjala partir tranquila —insistió.

—Ya no me hables. ¡Mi mamá no se va a morir!, entiende, ¡no se va a morir! —sollocé desconsolada.

Mi mamá tenía muchas complicaciones. Era diabética desde hacía treinta años y nunca estuvo controlada. Desde hacía cinco le hacíamos diálisis peritoneal porque sus riñones estaban dañados. Le dio un preinfarto y únicamente una arteria del corazón le funcionaba. Hacía tiempo que entrábamos y salíamos del Instituto Mexicano del Seguro Social (IMSS) muy a menudo. Ahora la habíamos llevado a urgencias por un dolor en el estómago que no la dejó dormir.

Tuvo catorce hijos: tres murieron de bebés y once sobrevivimos. Era una mujer digna de admirar, tan tierna que se daba el tiempo de cocinar a cada uno lo que le gustaba. Nunca gritaba, nunca me pegó. Al contrario, era muy dulce. Cuando llegaba del trabajo y me había ido mal, no le contaba, solo me recostaba en sus piernas. Me acariciaba el pelo y me daba unos besitos tan chiquitos que me devolvían las ganas de continuar. “Te fue mal, Güerita”, me decía. “No, mami, vengo cansada”. Ella sonreía, me conocía más que yo. Cuando la hacía enojar en mi adolescencia, lloraba, tal vez de frustración, pero no me decía nada. Como no soportaba

verla llorar, hacía lo que ella quería. Desde hacía muchos años yo era la única que vivía con ellos. Ya todos mis hermanos estaban casados, en sus propias casas. Ella y mi papá eran toda mi vida.

–¡Llegamos! –me dijo Lolita–. ¡Dios te bendiga! Cualquiera cosa, márcame, sabes que cuentas conmigo, ¿verdad?

–Gracias –respondí con los ojos irritados por el llanto.

Ese día fue uno de los más tristes de mi vida. Mi madrecita nos dejó a las ocho y cuarenta y cinco de la noche. Cuando me enteré, caí de rodillas, sentí como si un rayo fulminante me cayera encima. Fue tanto el dolor que no podía estar de pie. ¿Qué sería de mi vida sin ella? Mi papá y yo estábamos dedicados a cuidarla, comíamos lo que a ella se le antojaba. Cada momento del funeral lo recuerdo como una película, cada detalle de lo que ocurrió.

En Navidad no quería gente en la casa, pero mis hermanos insistieron en que teníamos que echarle ganas, que aún nos quedaba mi papá. Después de rezar el rosario del novenario, me fui a dormir, nunca en toda mi vida he llorado tanto. ¿Cómo superar la pérdida de un ser querido?, ¿cómo superar la muerte de tu dulce madre?

Marzo de 2013

Habían pasado dos meses desde la muerte de mi madre y cada vez la extrañaba más, me sentía deprimida. Ahora mi padre y yo nos encontrábamos solos en la casa. Esa casa tan grande y silenciosa que se podían oír los ruidos de afuera. Había días en que sentía que ese dolor me iba a matar.

A veces pensaba que por algo Dios no me había dado hijos. Ahora no sentía ganas de nada, solo de dormir y llorar, volver a dormir de cansancio y despertar con ese enorme vacío. Cada espacio de esa casa me recordaba a mi madre.

Mi padre, al igual que yo, únicamente quería dormir, pero no lo veía triste. Varias veces le reclamé que si no la extrañaba. Él

dulcemente me decía: “Ay, hijita, cómo no la voy a extrañar si viví con ella prácticamente toda la vida, pero ya estaba muy enfermita y sufría mucho. Me consuela saber que está en un lugar mejor”. Su respuesta, aunque cierta, no me satisfacía.

A mi mamita querida nunca le conté que quería un hijo. Me decía que buscara a un buen hombre para casarme, que a ella le iba dar tranquilidad saber que alguien me cuidaba y procuraba. Siempre le alegué que eso no garantizaba que iba estar bien, que, al contrario, a veces era peor, que yo era libre de ir a donde quisiera. Y le ponía ejemplos de amigas que habían fracasado en su matrimonio, o de los maridos golpeadores. Ella sonreía y me decía que todos los días le pedía a Dios que encontrara a un hombre paciente, tolerante y que me quisiera mucho a pesar de mi carácter tan voluntarioso. Ella decía que yo era muy gritona, pero que era una buena persona. Fue en este mes cuando recibí una llamada inesperada.

–Señorita, hablamos del DIF. Queremos saber si todavía está interesada en adoptar a un menor, ya que el 5 de abril iniciará el curso de Escuela para Padres.

Mi corazón latía rápidamente, tardé unos instantes en contestar:

–Claro, todavía estoy interesada.

–Muy bien, entonces la esperamos.

Nos despedimos. Ahora, cuando menos, estaba más tranquila, se presentaba la oportunidad, bueno, era algo probable, tenía que cumplir con los tres meses que duraba el curso y luego realizar los trámites. Sentía que mi cerebro pensaba más rápido de lo normal.

No le platiqué lo sucedido a mi familia, siempre hacía lo que me daba la gana, además debía estar segura primero.

Luz es una mujer muy inteligente y guapa, con un gran don de humanidad. Ella era la administradora general de la escuela donde trabajo, también era mi jefa y una gran amiga. Fue a ella a quien le conté, pues tendría que ausentarme todos los viernes del trabajo

para acudir al taller y ella tendría que autorizarlo. Me abrazó y dijo: “Sabes que cuentas conmigo, no te preocupes”.

Viernes 5 de abril de 2013

Me presenté muy arreglada. Quería dar una buena impresión. El curso era de dos a cinco de la tarde. En la puerta me recibió, cortés, una trabajadora social y me llevó a un salón grande. Luego me pidió que me sentara donde estuviera cómoda. Ya había como cuatro parejas. En todos se notaba nerviosismo, los matrimonios estaban tomados de la mano, me imagino que para darse valor uno al otro.

A las dos en punto cerraron la puerta e iniciaron las presentaciones. Del DIF, una trabajadora social, una psicóloga, una licenciada en derecho, y una más que era la que tenía contacto directo con los menores que estaban listos para adopción.

Inició la licenciada Núñez: “Buenas tardes. Se les va a indicar cuáles son las reglas durante el curso. Yo soy quien los va a representar en los juzgados de lo familiar. Los requisitos son:

–Acudir al curso Escuela para Padres y finalizarlo. Se llevará a cabo cada viernes; inicia hoy y finaliza el 29 de junio. Si tienen más de tres faltas, se anula el curso; no hay justificantes. Deberán ser puntuales, ya que la puerta se cierra a las dos en punto.

–Los documentos que deberán entregar al final son:

- Solicitud llena, que se les entregará al finalizar el curso.
- Una biografía de los solicitantes.
- Identificación oficial.
- Copia certificada de actas de nacimiento, así como de matrimonio.
- Tres cartas de recomendación.
- Fotos de la casa (habitaciones, fachada, patios, etcétera).

- Carta de no antecedentes penales y policíacos de cada uno de los solicitantes.
- Carta de trabajo.
- Examen médico general.
- Valoración psicológica de los solicitantes (expedida por una psicóloga del DIF).
- Estudio socioeconómico.

–Para la valoración psicológica y el estudio socioeconómico se les dará una fecha al finalizar el curso. Les deseo buena suerte. A mí ya no me verán hasta que los cite para revisar la documentación.

La licenciada Solórzano, trabajadora social, se presentó y se retiró después de informarnos que ella haría el estudio socioeconómico y las visitas domiciliarias de seguimiento.

La licenciada Pérez, psicóloga, continuó: “Mi compañera y yo vamos a trabajar directamente con ustedes. Yo los voy a observar y vamos a realizar algunos ejercicios. Al terminar haré una valoración, pero no se preocupen, si por alguna razón no es satisfactoria, asistirán a una terapia hasta que estén listos. Mientras tanto, se detiene el proceso de adopción”.

Lety, como se presentó, sin títulos, nos dio la bienvenida. “Yo voy a convivir con ustedes estos tres meses. Espero que sientan la confianza de platicar conmigo si durante este periodo tienen dudas. Soy la responsable de visitar los albergues y entrevistar a los menores que allí se encuentran. Puedo decirles que todos quieren ser adoptados y ser parte de una familia. Ahora les toca a ustedes presentarse, digan su nombre, en qué trabajan y cuantos años de casados tienen”.

Eran ocho parejas. Yo fui la primera en presentarme. “Mi nombre es Soledad, tengo treinta y ocho años, soy soltera, trabajo en la administración de una escuela y estoy aquí porque deseo con todo mi corazón tener un hijo”.

Al acabar ese día, había quedado en ir a tomar un café con mi querida Lolita. Qué oportuno. Podría contarle lo que sucedió y lo incómodo que fue que todos me observaran y preguntaran por qué no me había acompañado mi marido. Afortunadamente, en el estado de Chihuahua las adopciones para solteros son una realidad.

Viernes 3 mayo de 2013

Mi primer cumpleaños sin mi madre. Cada año ella y mi papá llegaban hasta mi habitación antes de que saliera a trabajar y me cantaban *Las Mañanitas*, me abrazaban, me daban algún detalle y me iba feliz. Este día, mi papito no me pudo cantar, se le hizo un nudo en la garganta. Lo abracé y las lágrimas llenaron nuestros rostros. Después me dio la bendición antes de salir de casa.

Tenía ganas de continuar llorando en el trayecto, pero me convencí de tratar de ser fuerte. “Es día de ir al taller de Escuela para Padres, no debo estar sentimental ni susceptible.”

Ese día nos pidieron realizar una actividad: escribir una carta a nuestro hijo, imaginando que se la leeríamos en cuanto lo conociéramos. No sé qué edad tiene, si es niño o niña ni, mucho menos, cuándo va a llegar a mi vida. Esto lo que escribí:

Hijo, te he esperado por mucho tiempo. Estaba ansiosa por conocerte. Voy a tratar de hacerte muy feliz. Lo primero que quiero decirte es que tú estás aquí por obra de Dios, es a él a quien le pedí que te trajera a mi vida. Y Dios, en su infinita misericordia, decidió darme este hermoso regalo: ser tu madre. Quiero que entiendas que siempre vas a contar conmigo, aun cuando seas un adulto. Vamos a viajar a muchos lugares, te enseñaré muchas actividades para que vayas determinando lo que te gusta hacer, como andar en bicicleta, en patines, nadar. ¡Hay tantas cosas que aprender! Tal vez te guste tocar algún instrumento o pintar. Te voy a ayudar a desarrollar todas

tus habilidades para que conozcas otro mundo. Uno en el que tú entiendas que hay muchas cosas por aprender y disfrutar. Y voy a hacer lo posible para que no te falte nada. Tienes una familia muy grande que te está esperando ansiosa, además de un abuelito que quiere conocerte y abrazarte. Y una abuelita que desde el cielo cuida de nosotros. Lo más importante es que te voy a amar por siempre, nunca más vas a estar solo.

Al finalizar nuestra carta, la psicóloga nos pidió ponernos en círculo y preguntó si alguien quería compartirla. Debo decir que la mía era simple en comparación con las de otras mujeres que leyeron la suya, además de que se les hacía un nudo en la garganta y algunas, de plano, no pudieron leer. Yo no quise leer porque no era necesario que otras personas conocieran lo que quería decirle a mi hijo. Qué curioso, la escribí como si fuera dirigida a un niño y, la verdad, yo prefería una niña, porque son más tiernas y, además, les puede uno combinar desde el vestido, el abrigo, hasta la bolsa y el lazo para su cabello.

Cuando salí de allí, sentí desesperación. Ya quería conocer a esa personita. ¿Cómo sería?, y su carácter ¿sería dócil?, o tal vez tendría un carácter fuerte, como el mío.

Sábado 18 de mayo de 2013

Este día, en el taller nos dieron unas preguntas que debíamos contestar con la verdad, ya que serían tomadas en cuenta a la hora de ver si el niño era compatible con nosotros. Al menos eso dijo la psicóloga.

¿Aceptarías a un niño con alguna discapacidad? ¿A uno con quemaduras? ¿Un niño tarahumara? ¿Un niño moreno? “Qué preguntas tan tontas –pensé–. Dios ya ha decidido quién es nuestro hijo, no lo elegimos. Incluso cuando es biológico, no sabemos si

va a tener alguna discapacidad o si en algún accidente le resulten quemaduras. Pero, bueno, es solo un ejercicio que debo realizar.” Al terminar nos dijeron que unos padres adoptivos nos contarían su experiencia. Entró una mujer de unos cuarenta y dos años, alta, delgada y de facciones muy finas, pero muy sencilla hasta en su manera de vestir. Eso sí, mostraba una felicidad y tranquilidad envidiable.

Me invitaron a contarles mi historia. Seré breve para que no se aburran. Estuve casada y amaba a mi esposo, pero no pudimos tener hijos. Eso nos fue separando poco a poco, hasta que me dejó. Sufrí mucho por su abandono, regresé a vivir con mi mamá y tuve que conseguir un empleo. Me quedaba mucho tiempo libre, así que me deprimía constantemente. Mi hermana es voluntaria en el albergue Los Ojos de Dios, no sé si lo conozcan. Allí reciben a todo tipo de niños, pero la mayoría con alguna discapacidad. Mi hermana, en su desesperación por ayudarme, me dijo: “Deja de estar llorando, hay muchos niños que necesitan apoyo, allí hay mucho trabajo, no vas a tener tiempo de estar triste y vas a ayudar a alguien más. Acompañame al albergue”. Como tenía las tardes libres, decidí ir con ella. Me tocó darle de comer a uno de los niños. Sus sonrisas son lo mejor de este mundo, con una gran inocencia. Sus ojos son tan puros que puedes ver su alma. Quedé enamorada de ese lugar, así que también me inscribí como voluntaria. Tenía dos días en el albergue cuando sentí una mirada, volteé y vi a mi hermoso ángel, estaba en una silla de ruedas, no podía sostener su cabeza, pero tenía una sonrisa que me impresionó. Ese día, al salir, le dije muy segura a mi hermana: “Ella es mi hija y voy a hacer lo que sea por que pronto esté conmigo”. Todo lo demás es historia y no es tan importante, ella ya está conmigo, gracias a Dios, y me hace muy feliz. Desde entonces, mi niña ha mejorado mucho, y mi mayor felicidad es llegar del trabajo y verla esperándome con esa hermosa sonrisa. Esos niños son unos ángeles, no tengan miedo de adoptarlos, por favor, ustedes no les hacen un favor, son ellos quienes iluminan nuestra vida.

Sábado 1 junio de 2013

Es el último mes del curso y no he conocido lo suficiente a mis compañeros. De lo poco que me he enterado es de que son parejas que han sufrido mucho antes de llegar hasta aquí y que ya agotaron las opciones de tener un hijo biológico. Algunos tienen heridas profundas en su corazón. La psicóloga nos comentó que es una pérdida que ellos, como pareja, tienen que superar antes de que les den a su hijo. Algunos hasta dicen que se alejaron de sus familias y amigos porque ya los cansó la pregunta: ¿para cuándo van a tener hijos?, además de que en las fiestas infantiles se deprimen al ver a otras familias con sus hijos.

“Vamos a trabajar hoy con los posibles problemas que pueden tener sus hijos –nos dijo Lety–. Van a contestar un cuestionario y luego les contaré algunas historias reales de los niños que se encuentran en los albergues.”

Las preguntas fueron:

Si al adoptarlo es pequeño, ¿le dirías que fue adoptado?, ¿a qué edad? ¿Qué vas a hacer si tu hijo se hace pipí en las noches?, ¿si come demasiado y a todas horas?, ¿si se encuentran a algún familiar en la calle?, ¿si te cuenta que fue violado?, ¿si no quiere comer?, ¿si no te acepta como su madre/padre? Menciona una razón por la cual lo regresaría al DIF.

Al final, algunos compartieron sus respuestas. La psicóloga nos dijo que tal vez estas preguntas nos parecerían ilógicas o muy fuertes, pero que es la realidad de muchos de los niños que están en los albergues. “Son problemas reales que pueden mostrar sus hijos y ustedes deben prepararse lo más que puedan. Porque es muy difícil ser padres, pero doblemente complicado para un niño que ya tiene heridas profundas hechas por alguien que debía cuidar de él. Les voy a contar la historia de Lulú y Dulce, ambas niñas que llegaron a los albergues”, mencionó Lety.

“Una menor de seis años fue adoptada por unos padres que, al igual que ustedes, deseaban un hijo. Lulú, como nombraremos a la niña, iba feliz con sus nuevos padres: Juanita y Ramón. Un mes después se presentó Juanita y nos dijo que necesitaba ayuda, ya que la pequeña se adaptaba a ella sin problema, pero que cuando Ramón estaba en la casa o salía con ellas, Lulú se incomodaba, se ponía irritable y no dejaba que Ramón se le acercara. Además, durante la noche escuchaban ruidos en la cocina, y era la niña que estaba comiendo cosas que encontraba en el refrigerador, a pesar de que durante el día comía muy bien.

”Juanita mencionó que para Ramón era muy difícil que Lulú no lo aceptara, porque a ella ya le decía mamá. A Juanita le sugirieron que hablara con la niña, pero que si en dos meses seguía con la misma actitud, la tendrían que llevar con un psicólogo. Lo de la comida es algo normal, los niños adoptados creen que los van a regresar y comen todo lo que pueden. Pero este desorden alimenticio no debe durar mucho. Cuando ella se sienta parte y se acostumbre a que no le falten las cosas, lo dejará de hacer. En cuanto a Ramón, que todos los días le lleve un pequeño detalle y le dé su espacio, no debe acercarse a ella para no incomodarla. En una ocasión, Juanita preparaba la cena, Lulú le ayudaba y le platicaba sobre su escuela. Juanita le dijo:

—¿Confías en mí?

—Sí, mami.

—¿Por qué confías en mí, corazón?

—Eres mujer, mami, no me puedes lastimar.

—¿Y por qué no confías en Ramón?

—Porque es hombre, mami, y él sí me puede lastimar como lo hacían los otros.

—¿Cuáles otros, hija?

—Los esposos de mi otra mamá me lastimaban.

”Lulú empezó a llorar y le contó a Juanita que el esposo de su mamá la violaba al llegar a la casa, y que su madre nunca la defendió.

Que ella sabía que todos los hombres eran malos porque su mamá había cambiado de esposo varias veces y siempre ocurría lo mismo. Juanita la abrazó fuertemente y lloró con ella. Le dijo que no todos los hombres eran malos y que Ramón no la quería abrazar o acercarse a ella por esa razón, que la quería de manera diferente, y que estaba para protegerla, no para lastimarla. Poco a poco Lulú fue aceptando a Ramón y, después de dos años, en la entrevista de seguimiento por personal del DIF, la niña les dijo que Ramón era el mejor papá del mundo.

”A veces ustedes, padres, son los mejores psicólogos, porque lo que nosotros no conseguimos en el tiempo que Lulú estuvo en el albergue, su mamá lo consiguió en unos meses. Pero deben estar preparados. Otra cosa por considerar es que la mayor parte de los solicitantes desea hijos de cero a tres años, y esto retrasa mucho el proceso de adopción. Muchos creen que los bebés no tienen traumas, pero les voy a contar otra historia real.

”Dulce es una beba que llegó al albergue cuando tenía ocho meses. Una de las dinámicas con bebés consiste en que todos los días las enfermeras los sacan de los cuneros y los ponen en un tapete en el suelo para hacer ejercicios de motricidad. Sin embargo, algo extraño ocurría con Dulce. Cuando la enfermera se acercaba a su cuna para sacarla, la niña comenzaba a llorar y daba vueltas para alejarse lo más que podía. Cuando la cargaban y la ponían en el tapete, sucedía lo mismo, se daba vueltas sobre su propio cuerpo, como un tronco, para alejarse de la enfermera.

”Me llamaron del albergue y me contaron lo sucedido. No encontraban una explicación. Al revisar el expediente de la menor, descubrí la causa de su comportamiento: el padrastro de la menor le quemaba el cuerpo con cigarros, por eso les temía a las personas adultas. ¿Por qué les cuento estas historias?, porque hay muchas Lulús y Dulces en los albergues. Ustedes están aquí por la necesidad que sienten de ser padres, pero en realidad al DIF no les interesan ustedes, sino que los menores que tenemos en los

albergues encuentren un hogar estable que los ame a pesar de lo que han sufrido con su familia biológica. Se les preguntó cuál sería una razón por la que regresarían a un menor debido a que eso sucede frecuentemente, y nuestros niños ya han sufrido la pérdida de su familia biológica como para sufrir ahora la de sus padres adoptivos. Esto les causa un gran daño psicológico. Aquí no es una tienda en la que vienen a comprar un hijo para que satisfaga su necesidad. Los niños necesitan padres fuertes que los ayuden con sus traumas, y ocurre tanto con los bebés como con los niños mayores. Además, sus hijos ya tienen una historia y ustedes deben aceptar eso, es parte de su vida y no se puede borrar”, finalizó Lety.

Salí pensando en las cosas tan difíciles que esas pobres e inocentes criaturas habían vivido, en qué cosas le habrían pasado a ese hijo que me esperaba antes de llegar al albergue. Di gracias a Dios por mis padres, por el inmenso amor que siempre me tuvieron. Me sentí afortunada y feliz. Toda la vida extrañaría a mi mamá, pero tenía solo recuerdos bonitos de ella. Además, ya no era una niña.

Hasta esta etapa quería adoptar a un niño que no fuera mayor de cinco años, pero después de que Lety nos contó que muchos niños en los albergues ya no tienen la opción de ser adoptados después de los siete años, decidí que, en mi solicitud, al finalizar el curso, pondría que mi hijo fuera de cero a ocho años. Después de todo, ese niño, si llegaba, iba a ser por gracia de Dios.

Cuando llegué a mi casa le dije a mi papá que había decidido adoptar a un niño. Pensé que me tirarían otro rollo de que necesitaría de sus dos padres, pero, todo lo contrario, me dijo que los dos necesitábamos a un niño en nuestra vida, que le daba mucho gusto y hasta me preguntó que cuándo nos darían a nuestro niño. Me dio una gran confianza saber que lo aceptaría sin problemas.

Sábado 22 junio de 2013

Hoy voy al curso muy optimista, ya que es el último día. La próxima semana solo vendremos a un convivio, a que nos den la lista de los requisitos y las fechas para el examen psicológico y el estudio socioeconómico. No lo puedo creer, estoy a punto de terminar el primer paso que me separa de mi hijo.

La plática de este día la va a dar la psicóloga. Es joven, como de unos veintiocho años, alta, tez blanca, cabello corto, pero muy arreglado. Siento que no le simpatiza mucho que yo sea soltera, varias veces puso énfasis en que se necesita de padre y madre para el cuidado de los hijos. Por su edad y su profesión me parece que tiene pensamientos muy cuadrados. Además, ha insistido en preguntarme si adoptaría un niño morenito o que fuera feo.

“Vamos a ver un fragmento de una película y lo vamos a comentar –nos dijo–. Tal vez ya la han visto, pero les pido de igual manera que traten de captar cada momento.” Era la película animada *Up! (Arriba)*, que ya había visto antes y me gustó. Ahora la voy a ver desde otro punto de vista. El fragmento que nos pasó es el inicio, cuando los personajes se conocen de niños, luego se casan, tienen su casa y empiezan a imaginar hijos, pero no pueden tenerlos, y a pesar de eso, son felices hasta hacerse viejitos.

“Ahora les voy a hacer una pregunta que deben contestar individualmente: ¿qué voy a hacer de mi vida si ese hijo que espero y anhelo no llega?”

¿Qué? –me pregunté–, ¿qué le pasa?, estamos aquí para tener un hijo. ¿Por qué nos hace esa pregunta?, ¿es que acaso reprobamos el curso?, ¿no estaremos listos para adoptar o qué está pasando? Me olvidé de mis preguntas y me concentré en responder.

Tengo planes de abrir una florería, asisto a los cursos que ofrece la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez (UACJ) de artes y oficios, me gusta el olor de las flores y me relaja. También tengo planeado

viajar, es lo que más me agrada, conocer lugares y comida con sabores diferentes. Mi hijo se lo he pedido a Dios, y si no me lo da, será porque es lo mejor para mí, así que continuaré con mi vida.

Al terminar, nos dijo que colocáramos nuestra silla de manera que hiciéramos un círculo.

“Cuando ustedes se casaron, fue por amor, me imagino –continuó la psicóloga–. No se eligieron para tener hijos; ustedes se enamoraron y decidieron que querían compartir una vida juntos. Ya después de casados habrán pensado en los hijos. Por lo tanto, si no es posible que tengan un hijo, deben ser felices y continuar con su vida. Amarse y divertirse en cosas que, como pareja, les gusten. Como vimos en la película, ellos se amaron y se disfrutaron hasta ancianos y cuando la muerte los separó. Después de saber que no tendrían hijos, sufrieron, pero lo superaron. A todos les deseo que obtengan lo que han venido a buscar, pero no se desanimen, no se acaba el mundo si por alguna razón no se da.”

Así finalizó nuestro último día de curso. La verdad, pensé que ella estaba loca, que si no era por ese medio, buscaría otro, porque estaba decidida a adoptar un niño y ella no me detendría.

Ese día le hablé a mi hermanita menor y le conté que acababa de terminar el curso para adoptar a un niño. Ella me dijo: “A partir de este día pediré en mis oraciones por tu hijo, para que ya no sufra más hasta que te lo entreguen”. Ella sabía que sería una buena madre.

Domingo 30 junio de 2013

Entró la licenciada Núñez: “Los felicito por concluir este curso. Ahora voy a entregarles la solicitud de adopción. Reflexionen muy bien en lo que van a escribir, si quieren niña o niño y de qué edad. No piensen en lo que aprendieron durante estos meses, se trata de lo que ustedes querían desde el momento en que vinieron

a pedir información. De igual manera, dejen claro si no quieren adoptar niños tarahumaras o con alguna discapacidad. También les voy a entregar la hoja con los requisitos. A partir de ahora tienen tres semanas para conseguir los documentos. Conforme vayan entregando su solicitud, les daré la fecha y hora de la entrega de documentos; cuando lo hagan, se programará una cita para el examen psicológico y el día que la trabajadora social va a realizar el estudio socioeconómico en su domicilio”.

Terminé de llenar mi solicitud y la entregué. En ella escribió: “Exp. 001/13, su cita para entrega de documentos será el 20 de julio a las nueve de la mañana”.

Salí feliz. Mi expediente era el número uno, eso era una buena señal.

Domingo 19 de enero de 2014

Eran las seis de la mañana del domingo, cuando mi padre falleció, en su cuarto, en su cama y rodeado de todos sus hijos. Esto parecía una pesadilla. Acababa de pasar el primer aniversario luctuoso de mi madre, y ahora la piedra angular de la familia nos dejaba. Lo abracé muy fuerte y no lo quería soltar, quería quedarme compeñada con su olor; mi único consuelo me dejaba.

Un año después de la muerte de mi madre nos encontrábamos en la misma sala de la funeraria Mausoleos, pero ahora acompañando a mi padre. Él no estaba allí para calmarme o consolarme, estaba en esa caja fría, con sus ojitos cerrados como si estuviera dormido. Desde niña fui muy apegada a él. Mi mamá me contaba que una vecina me hacía enojar porque me decía que él se había ido con otra señora y yo lloraba desconsolada, hasta que mi mamá me decía que solo había ido a la tienda.

De grande lo celaba más que mi mamá. En cuanto veía que hablaba con una mujer, iba rápidamente y lo abrazaba diciéndole

que mi mamá lo llamaba. Él sonreía y decía: “Vámonos, mamita”. Cuando llegaba de trabajar, le contaba absolutamente todo lo que había pasado en el trabajo. Me escuchaba atento y siempre me orientaba.

En las noches me decía: “Échame esa frentita para acá”. Yo me acercaba, me besaba, me persignaba y me decía: “A dormir, mamita”.

De los once hijos que tuvieron, solo somos tres mujeres: la mayor, que me gana con diez años; yo, la de en medio, y la más chiquita, a la cual le llevo siete años. Siempre peleábamos preguntándole que a cuál de las tres quería más. A pesar de ser diferentes, él sabía cómo hacernos felices a cada una y darnos nuestro espacio y su cariño personal.

Desde niña, mi papito fue mi héroe, a quien admiraba y podía hacer todo y solucionar cualquier problema que tuviéramos como familia. Con él me sentía segura, ¿qué podía pasar si mi papá estaba allí para mí? Con él podía pasar largas horas platicando, sabía escuchar con atención y aconsejar respecto a cualquier cosa. Él era todo lo que me quedaba en la vida y me había dejado ya.

Tengo muchos recuerdos de mi viejito querido. Los domingos nos levantábamos tarde, íbamos a misa y, saliendo, a comer. Era mi compañerito; en las tardes que llegaba del trabajo, me estaba esperando para cenar. Aunque estuviera otro de mis hermanos, les decía: “Vamos a esperar a mi *Güerita*”. Había quedado huérfana, sola en este mundo, sin nadie que orara por mí o me diera la bendición. “Esto es una pesadilla”, me repetía constantemente en el funeral. ¡No está pasando!, ¡no está pasando!

Cuando todo terminó y depositamos sus cenizas junto a las de mi madre, varios de mis hermanos me ofrecieron su casa para irme a vivir con ellos, al menos unos días. Pero lo único que quería era estar sola en esa casa que me traía tantos recuerdos. Al regresar

del funeral me acosté en su cama, aún tenía su olor. Me revolqué en el suelo desesperada, y luego me hiqué abrazando su lecho. Nada me importaba ya, nada peor en esta vida me podía pasar. ¿Para qué trabajar?, de hambre no me iba a morir, no quería ver gente ni que me dijeran que sentían mi dolor. Nadie podía comprenderme, ¡me quería volver loca!, gritaba con todas mis fuerzas. Las lágrimas ya no eran suficientes para sacar mi tristeza. Me golpeaba y me jalaba el pelo tirada en el suelo.

Una semana después me presenté en el trabajo con la intención de renunciar. Luz, mi jefa, se puso muy seria y me dijo: “No acepto tu renuncia, estás pasando por un momento difícil y eso te hace tomar decisiones precipitadas. Tu angustia no te deja pensar, así que te voy a hacer una propuesta: te voy a cambiar el horario, tu semana laboral será de lunes a miércoles, tu horario de las ocho a las cuatro, y si terminas antes tus actividades, te puedes retirar. Además, el día que no te sientas bien, no vienes, puedes trabajar desde tu casa. A partir de esta semana esas son tus nuevas condiciones laborales”.

Me lo dijo tan segura, que no encontré razones para no aceptar. Después entendí el gran cariño que me tenía y que lo había hecho para asegurarse de que estuviera bien. Nunca le voy a poder pagar su cariño y comprensión en esos momentos tan difíciles.

Martes 21 de octubre de 2014

Eran las cinco con cuarenta y cinco de la tarde cuando recibí esa llamada. Antes de contestar, observé el número de quien llamaba y sentí que se me helaba la sangre. Era la licenciada Núñez, la encargada de los aspectos legales en el proceso de adopción. Contesté de prisa antes de que me colgara:

–Buenas tardes, ¿la señorita Soledad?

–Buenas tardes, soy yo, licenciada –contesté nerviosa.

—Soledad, le estoy hablando porque le tengo una propuesta de adopción. Hay un menor que se llama Víctor, tiene seis años, ¿cómo ve?, ¿le interesa?

Mi corazón latía a mil por hora, sentía una emoción tan grande que tenía ganas de llorar. No lo podía creer, quería gritar de felicidad. ¡Mi hijo ya vendría!

—Claro que estoy interesada —le contesté feliz, a punto de soltar el llanto.

—Solo que antes de tomar la decisión, necesita saber que el menor tiene VIH.

Sentí que el mundo se me venía encima. Mi hijo, por el que había pedido por tanto tiempo a Dios, no estaba sano.

—La estoy llamando fuera del horario de oficina porque esta llamada es extraoficial, no la compromete a nada. Usted puede seguir en lista de espera. Me atreví a hacerle la propuesta por dos motivos: primero, el menor tiene el rango de edad que usted puso en su solicitud; y segundo, usted mencionó que no quería menores con discapacidad, y su enfermedad no lo es.

No podía contestar, mi corazón se sentía feliz, pero en mi cabeza resonaba una y otra vez: VIH, VIH. Mis pensamientos eran confusos.

—Piénselo y mañana la veo a las ocho de la mañana en mi oficina para que me dé una respuesta. Disculpe que la presione, pero si no le consigo una familia al menor, lo van a trasladar a un albergue en Chihuahua. Nuevamente le reitero: no se sienta obligada, si no acepta, le buscaré otro menor.

Contesté con voz apagada que lo pensaría, que no sabía si podía darle los cuidados necesarios. Nos despedimos y colgué. ¿Por qué me pasa esto, Dios? Te pedí tanto un hijo, pero no lo quiero enfermito; además, ¡no sé nada de VIH! Lo único que sé es que se contrae por transmisión sexual o por transfusión de sangre.

Me sentía feliz de saber que conocería a mi hijo, pero luego la palabra VIH volvía a mi cerebro. ¿Por qué me sucedía esto? Quería a mi hijo ya, lo necesitaba, lo había esperado por un año y medio,

pero no lo quería enfermo. ¿Y si me contagiaba?, ¿o a alguien de mi familia? Si lo aceptaba, él iba a convivir con mis sobrinitos. No quisiera ningún daño para los niños, no me lo perdonaría. No podía ser egoísta y únicamente pensar en mí. “¿Qué hago, Dios?”, me repetía. Tal vez no iba a ser capaz de cuidarlo. ¿Cuánto costarán las medicinas?, ¿serán caras? No sé si sola podría con todos los gastos y, además, si trabajo, ¿quién lo va a cuidar?

“¡Dios, dime qué hacer, por favor!”. Me puse a orar, pero no lograba concentrarme, entonces me puse a leer en internet sobre el VIH en los niños. ¡Santo Dios!, interrumpí la lectura. Me imaginé de todo, menos que mi hijo tenía esa terrible enfermedad. Después de estar leyendo un largo rato, aventé el teléfono al sillón, creí que mi cabeza iba a explotar.

Una pregunta no me dejaba tranquila: ¿cómo se infectó el niño? Solo había dos posibilidades: por abuso sexual o porque la mamá tenía VIH y lo había contagiado al nacer. Necesitaba sabiduría y el único que podía dármela era Dios.

Decidí acudir a la iglesia. Todos los días había misa a las seis de la tarde. Ya no alcanzaría más que la bendición, pero esperaba concentrarme un poco más y hablar con mi padre Dios. Empezaba a oscurecer, la tarde estaba hermosa, el clima perfecto, el aire otoñal movía mis cabellos mientras caminaba, parecía que me acompañaba acariciándome.

Pasé por el parque, me sacaron de mis pensamientos los gritos y risas de los niños que jugaban. Me detuve y los observé detenidamente. Me pregunté: ¿cómo será Víctor?, ¿a qué le gustará jugar? ¿Podría realizar las mismas actividades que los demás niños? Vi a las madres sentadas en unas bancas y que, de vez en cuando, les gritaban a sus hijos que tuvieran cuidado. ¡Cómo han sido bendecidas!, y tal vez ni siquiera lo saben. Seguí mi camino. Me pareció raro que no hubiera carros afuera. Cuando me acerqué a la puerta, estaba cerrada, había un letrero donde decía que, desde el lunes, la misa sería a las ocho de la mañana. Regresé a la casa con esa

angustia que me oprimía el corazón. ¿Será una señal que la iglesia esté cerrada?

Le hablé por teléfono a Lolita; ella me ayudaría. Era inteligente y no dejaba que le ganara la emoción. Estaba muy ocupada trabajando en la maquila, constantemente interrumpía nuestra plática, ya que tenía que contestar el radio de la fábrica. A pesar de eso, me escuchó pacientemente. Luego comentó que ella me apoyaría en lo que hiciera, pero que en esa decisión únicamente Dios me podía ayudar, que me pusiera a orar y él me daría una respuesta. Esa noche no pude dormir, me preguntaba: “¿Por qué rechazar a alguien que es víctima de esa enfermedad?, ¿por qué no darle la oportunidad?, ¿quién era yo para estar decidiendo en su vida?”. Él no era menos importante para Dios, al contrario.

LA DECISIÓN

A la mañana siguiente me levanté temprano, aunque la cita con la licenciada Núñez era hasta las ocho. Me di un baño, me puse ropa formal y tomé un café. Llegué puntual. Mientras caminaba a la oficina, sentí un escalofrío que recorría mi cuerpo, no hacía frío, pero yo estaba helada.

Nos saludamos y la licenciada me dijo: “No hay ya mucho que agregar, en realidad le dije lo más importante por teléfono, siéntase en la libertad de decir no, sin sentirse culpable, y yo continuaré con su proceso de adopción hasta encontrar otro menor afín a usted”.

–Tengo que hacerle algunas preguntas y necesito que, por favor, sea sincera conmigo: ¿cómo es que el niño se contagió?

–La madre tiene el virus y contagió al niño al nacer.

–¿Por qué me hizo la propuesta a mí precisamente?

–¿Recuerda que hace dos semanas me la encontré? Usted iba con una religiosa, entonces la tenía muy presente. Además, si para usted, que es soltera, es difícil tomar una decisión, imagínese para una pareja, es más complicado, sobre todo por el poco tiempo que le estoy dando.

–¿Por qué tiene tanta prisa en que se tome la decisión?

–Porque si no logro que alguna familia lo acepte, lo van a trasladar a un albergue en Chihuahua. El menor, por su enfermedad, se encuentra en una granja hogar, pero allí solo hay niños de cero a cinco años. No está asistiendo a la escuela. Quiero encontrarle una familia porque ya ha vivido mucho en casas temporales.

–¿Cuál es el estado de salud del niño en este momento?

—Él está bien, toma sus medicamentos y se encuentra estable. Nuevamente, le insisto, no se sienta presionada, no quiero que lo adopte por lástima, porque no va a funcionar. Yo tengo que dar una respuesta hoy a la una de la tarde.

Me despedí y le dije que volvería a las doce en punto. Cuando salí de las oficinas del DIF ya había tomado la decisión: adoptaría a Víctor.

Fui a ver a una amiga religiosa. Ella era muy cercana a la familia y me conocía muy bien. Solo quería hablarlo con ella, la decisión estaba tomada. Cuando llegué, me dijeron que estaba en el Distrito Federal tomando un curso de economía, pero que si me urgía la llamara por teléfono. Así lo hice. Le conté la situación lo más rápido que pude. Después de escucharme con mucha atención, me dijo:

—No sé por qué Dios te lo está pidiendo a ti. Tú puedes aceptar o no, cualquier decisión que tomes es difícil, así que pídele a Dios que te ilumine. Él no te va a dejar sola si aceptas esta responsabilidad, pero antes que nada debes preguntarle si esa es su voluntad.

—Ya tomé una decisión, hermana, y la respuesta es sí, lo acepto.

—Entonces no te preocupes. Dios te va a acompañar en esa misión que te está asignando.

Hizo una pausa y continuó:

—Creo que tomaste la decisión correcta, pero como amiga necesito que comprendas ciertas cosas. No veo problema en que el niño tenga VIH. Él no tiene la culpa y merece las mismas oportunidades que los demás; por alguna razón Dios te lo está mandando. Debes estar consciente de que Dios te presta a ese niño para su cuidado y que, debido a su enfermedad, puedes tenerlo unos días, meses o años, y que en el momento en que decida llevárselo, debes estar dispuesta a entregárselo. Lo que me preocupa es que ya tuviste dos pérdidas, y no sé si puedas soportar otra. Tienes que ser muy fuerte y valiente porque tal vez los dos sufran discriminación de la gente con que convivan, tal vez de tu propia familia,

y tú tendrás que defenderlo. Yo voy a orar por ti y tu hijo, ¡Dios te bendiga! –terminó diciéndome.

Después de hablar con ella, me sentí más tranquila y feliz de haber tomado esa decisión.

Aún no salía del convento, cuando sonó el teléfono. Era Lolita. –¿Cómo estás, Soledad?, te invito a desayunar.

En cuanto la vi, me solté a llorar. Era ya demasiado el estrés que había tenido y no había dormido bien. Ella, muy tranquila, me dijo: “Desahógate, eso te hace bien”. Desayunamos y nos pusimos a leer sobre el VII.

A las doce en punto llegué nuevamente a las oficinas, pero esta vez totalmente decidida y con una gran fortaleza.

La licenciada Núñez se sorprendió al escuchar mi respuesta, ya que pensó que, como tardé en responder, lo más probable era que no aceptara.

–¿Está segura? –cuestionó la licenciada–. No se sienta forzada.

–Estoy segura –respondí.

Enseguida me explicó que, debido a las circunstancias, el proceso sería un poco diferente, que hablaría con los del DIF estatal para avisarles que el niño tendría un hogar. Iniciaríamos el proceso de adopción y que, en cuanto supiera algo, ella me llamaría.

Sentí como si me hubieran dado una golpiza. Le pedí a mi amiga que me acompañara a la iglesia. Más que en otras ocasiones, necesitaba de Dios. Al salir me fui a mi casa y Lolita a trabajar.

LA PRIMERA VEZ QUE LO VI

Pasó una semana sin que tuviera noticias del DIF. Ya estaba a punto de presentarme en las oficinas, cuando la licenciada Núñez me dio cita para el día siguiente. La licenciada me dijo que vería a dos psicólogas, que una me iba a presionar, y que fuera lo más honesta que pudiera. También me explicó que había un error, que el niño tenía siete años, no seis como me había dicho, aunque entraba en el rango que yo había puesto, pero que, si tenía problema con eso, le dijera. Nos despedimos y salí a sentarme nuevamente en la sala de espera.

No pasaron ni cinco minutos, cuando me nombraron. Las psicólogas se presentaron muy serias.

–Platíqueme por qué quiere adoptar a un niño con VIH –me dijo una.

–Usted dígame, ¿por qué no lo adoptaría? –respondí–. ¿Es que acaso es menos importante que los demás por su enfermedad?, ¿o es que él no merece tener la oportunidad de ser parte de una familia?

–No estoy diciendo eso, pero entienda, mi trabajo es asegurarme de que el niño sea aceptado y querido. Por eso es importante saber qué la llevó a tomar esa decisión. Si usted se arrepiente en este momento, no hay problema, no queda registro en su expediente y usted continúa en lista de espera.

–Nunca me arrepiento de las decisiones que tomo –le dije muy seria–, ese niño se lo pedí a Dios, ustedes solo son un instrumento que Él utilizó. No sé la razón por la cual me eligió para ser la madre de ese niño tan especial. Porque mi hijo es especial –recalqué– y no me refiero a su enfermedad.

Ya no hubo más preguntas. Me explicó el proceso que seguiríamos.

–Usted va a tener la oportunidad de visitarlo tres veces en el albergue. En la cuarta visita lo puede llevar a pasear, aproveche esa salida para ver qué talla es de ropa y de qué número calza, porque a la siguiente semana se lo van a entregar en custodia temporal, siempre y cuando el menor sienta apego hacia usted. Nosotras le vamos a dar las fechas y la hora de la visita, por lo pronto tenemos que llenar los papeles necesarios.

–¿Puede mostrarme una foto de mi hijo Víctor?

–Claro, lo pondré en la pantalla un momento, porque no está permitido. Otra cosa, después de la primera visita, usted ya no puede arrepentirse de adoptarlo, pues lo estaría afectando directamente a él y cancelaríamos su expediente. ¿Está consciente de eso? –preguntó. Asentí con un movimiento de cabeza, quería que ya volteara el monitor de la computadora para ver a mi hijo. Cuando lo hizo, ¡al fin!, allí estaba él. Era de tez morena, con ojos saltones y pelón. Estaba montado en un triciclo, su ropa parecía vieja y tenía la cara y las manos sucias.

–Fue el día que entró al albergue –aclaró una psicóloga.

Giró la pantalla nuevamente a su lugar. Yo estaba atónita, todo era confusión. Mi hijo no era bonito, pero me daba ternura; en sus ojos no había brillo y su sonrisa era forzada. Salí de allí turbada, pero ya con la imagen de Víctor grabada en mi memoria. A partir de ese momento, formó parte de mis pensamientos.

Como ya era un hecho que pronto me lo darían, visité a mi hermana mayor y le comenté que iba a adoptar un niño. Me contestó de manera inmediata: “¡No hagas eso!, ¡si quieres un hijo, tenlo! Yo no voy a querer a un chiquillo que no tenga mi sangre y que no sé ni de dónde salió”. Tranquilamente le respondí: “No te pedí permiso, te estoy avisando, y lo vas a querer tanto como yo quiero a tus hijos”.

Miércoles 5 de noviembre de 2014

Hoy es mi primera visita a Víctor. No sé cómo vestirme, ¿formal o casual? No sé qué ropa elegir, pero es una ocasión especial y así debo vestir. Es la primera vez que mi hijo me va a ver y tal vez ese recuerdo lo tenga por siempre. Lo veré frente a frente, ¡qué nervios! Me dijeron que le podía llevar algún presente. ¿Un juguete?, ¿ropa?, ¿comida? Al final le compré una almohada que, al doblarla, se convertía en una borrega de peluche, un chocolate Kínder Sorpresa y una paleta Payaso, eso nunca falla con los niños, pensé.

La cita era a las diez de la mañana y estaríamos juntos una hora. Respiré profundamente y toqué el timbre del albergue. Un guardia me abrió y me pidió mi credencial de elector para registrarme. Una enfermera que me esperaba me pasó a una pequeña sala. Tomé asiento. “En un momento traeremos a Víctor”, me dijo.

En el centro había una mesita infantil redonda con cuatro sillas. La sala tenía espejos, por lo que supuse que del otro lado nos observarían la psicóloga del DIF y el psicólogo que estaba atendiendo al niño en el albergue.

Escuché que la puerta se abría. Vi entrar a mi niño, me observó y sonrió mientras caminaba hacia mí. Era muy bajo para su edad, su tez era amarilla y tenía muchas manchas en su carita, además de un enorme raspón en la frente. Llevaba un suéter azul y, debajo, una camisita de vestir. Venía muy peinado, al frente traía los pelos parados, ya no estaba pelón como en la foto. Su cabeza se veía más grande que su cuerpo por su extrema delgadez. Al estar frente a mí, me saludó y me dijo:

–¿Tú me vas a llevar con mi mamá?

–No te comprendo –sentí una daga en mi corazón.

–Que si tú me vas a llevar con mi mamá, es que la extraño mucho.

Había escuchado bien, él esperaba ver a su mamá, no sabía que yo lo iba a adoptar. Sonreí y le dije:

–Yo vengo a visitarte. Mira, te traje un regalo. Cierra los ojos –le puse la bolsa en las manitas, abrió los ojos y sacó la almohada–. Espero que te guste.

La abrazó.

–Sí me gusta. Se va a llamar Jesica, porque es niña.

Metió la mano nuevamente a la bolsa sin soltar su borrega.

–¡Una paleta Payaso! –gritó gustoso–, ¡y un Kínder Sorpresa! –no podía creer cómo algo tan simple hacía feliz a mi hijo.

Desenvolvió su paleta y la disfrutó. Era muy curioso y me hacía preguntas. ¿Qué te gusta hacer? ¿Cuál es tu comida favorita? ¿Conoces el mar? Cuando terminó sus golosinas, armamos el carrito que traía su chocolate y luego nos pusimos a jugar a “las traes” en ese pequeño espacio. Él reía divertido porque no podía alcanzarlo, al final me dijo: “No te sientas mal, no me alcanzas porque traes tacones”. “Tienes toda la razón”, contesté.

El tiempo de la visita se terminó. Llegó una enfermera por el niño y detrás la psicóloga del DIF. “Es todo por ahora, me voy a comunicar con usted para avisarle sobre la próxima visita”. Nos despedimos y salí de allí, ¡había conocido a esa personita que viviría conmigo! Ya en el carro, me sentía desorientada. ¿Por qué creía él que lo llevaría con su madre? ¿No se supone que los psicólogos los preparan para que acepten la adopción? ¿Es que él no lo sabía? ¿Y por qué extrañaba a su mamá? No lo entendía, tal vez era una buena madre y por algún error se lo habían quitado, yo no quería un hijo a cambio del sufrimiento de otra madre.

CENTROS AMBULATORIOS DE PREVENCIÓN Y ATENCIÓN EN SIDA

Johana es una joven talentosa, inteligente y con ganas de cambiar el mundo, acababa de terminar su carrera en Trabajo Social. Es mi sobrina, aunque mi amor por ella es el de una madre. Le comenté que aproximadamente en un mes me entregarían al niño y que me sentía perdida respecto a su enfermedad. Ella me indicó que había en la ciudad dos lugares especializados, que fuera directamente allí para que me aclararan las dudas que tenía.

Entré por primera vez a la institución. No había gente en la sala de espera. Se acercó una señorita y me preguntó si necesitaba ayuda.

–No sé si me puedan ayudar –le dije–, voy a adoptar a un niño con VIH y me siento perdida. He leído en internet, pero allí no me dicen qué cuidados especiales debo tener.

Sonrió, me tomó del brazo y me hizo entrar en una oficina.

–Soy psicóloga aquí, tal vez conozca a su hijo, ¿cómo se llama?

–Víctor –le contesté.

–¡No puede ser!, sí lo conozco. A él lo traen cada mes a su cita médica. Su hijo le va a encantar –sonrió emocionada–. ¡No lo puedo creer!, me da mucho gusto, es tremendo. No se preocupe, dígame, ¿qué dudas tiene?

–No sé. ¿Cualquier doctor general lo puede revisar?, ¿hay alguna especialidad?, ¿qué cuidados especiales necesita?, ¿dónde consigo el medicamento?

Y, así, miles de preguntas saltaban en mi cabeza.

–Él es un niño como cualquier otro y necesita los mismos cuidados, solo hay que estar pendiente de sus medicamentos, dárselos

a la hora indicada, una buena alimentación, higiene y mucho amor. Usted puede seguir atendiendo aquí a Víctor, el servicio médico y el medicamento son gratuitos. Cualquier pediatra puede revisarlo, no hay alguna especialidad. Yo le recomiendo que tramite el Seguro Popular, que es lo que le van a pedir cuando le haya cambiado los apellidos; mientras tanto, él tiene la póliza de la mamá y está vigente. No le recomiendo que lo lleve al IMSS, allí es más probable que sufra de discriminación. Si por alguna razón necesita ser internado, sería en el Hospital Infantil, que cuenta con muy buenos médicos. De verdad, señora, qué felicidad que se vaya a hacer cargo de ese hermoso niño.

Platicamos un rato más y me despedí ya más tranquila. Sin querer, ya sabía hasta a qué hospital lo tendría que llevar.

Miércoles 12 de noviembre de 2014

Me hablaron el lunes 10 para avisarme que la visita no sería en el albergue, que podía sacarlo por tres horas. Él ya me esperaba. En cuanto me vio, me abrazó y me dijo: “Vámonos, estoy listo”. Hacía frío, traía una chamarra roja que le quedaba un poco grande, unos tenis viejos, un pantalón gris, un suéter azul marino, y debajo, una camisa entre rosa y lila. Lo tomé de la mano y salimos del albergue. Me volteó a ver y mirándome a los ojos me preguntó:

—¿Me adoptas?

—Claro que sí —contesté un poco sorprendida por la pregunta.

Como la licenciada Núñez me había dicho, una de las cosas por las que urgía la adopción era que en el albergue no contaban con escuela. Por eso yo ya había hablado con la directora de la primaria donde trabajaba para contarle que adoptaría un menor de siete años que no iba a la escuela. Ella dijo que, en cuanto tuviera oportunidad, lo llevara para que le hicieran un examen y

así justificar el primer bimestre, para que no perdiera otro ciclo escolar. Con siete años ya tenía que estar en segundo grado.

No preguntó a dónde íbamos, observaba todo por la ventana y, de vez en cuando, me comentaba cosas y volvía a sumergirse en lo que pasaba a su alrededor. Llegamos a la escuela, se sintió intimidado y se escondía detrás de mí. Fuimos directo al salón de primero A. Los niños estaban saliendo rumbo al comedor. El profesor se acercó y le dijo, pasa, ahorita te llevo con tu mami.

Me fui al comedor a esperarlo. Unos veinte minutos después entró el profesor con él de la mano. Era la hora de la comida, por lo que todos mis compañeros se encontraban ahí. Cuando llegó a la mesa donde estaba, les dije: “¡Les presento a mi hijo!”. Todos lo saludaron amablemente, aunque me veían extrañados. Él me dijo:

–La comida huele muy rico, ¿podemos comer?

Todos nos reímos. Nos despedimos de mis compañeros y salimos de la escuela.

–¿Diario dan de comer en esta escuela?

–Sí –respondí apretando su pequeña mano–, y pronto tú vas a estar aquí. ¿Quieres ir a comer pizza?

–¿Podemos comer pizza?

–Claro que sí, vamos.

Salíamos de la escuela cuando Lolita me llamó:

–¿Cómo te va?, me muero de ganas de conocerlo.

–¿Paso por ti?, vamos a las pizzas.

–Está bien –contestó Lolita.

Ella estaba a cinco minutos de la escuela donde trabajaba, así que llegué rápidamente. Le pregunté a mi hijo:

–Víctor, ¿te molesta si alguien nos acompaña?

–No –contestó.

Lolita subió al carro y lo saludó. Él, sonriente, dijo:

–¡Qué guapa es mi tía! –y soltamos la carcajada.

–Sí, soy tu tía y tenía muchas ganas de conocerte –afirmó Lolita.

Llegamos a las pizzas. Decidimos comer del bufé. En realidad, era un desconocido, no sabía qué le gustaba.

A pesar de que en el curso nos habían dicho que los niños adoptados comen mucho, Víctor me sorprendió. Se levantaba por más comida una y otra vez. Fue una exageración lo que comió. Ni siquiera pudo jugar en las maquinitas debido a que todo el tiempo se la pasó comiendo. Antes de irnos, Lolita nos tomó una foto con su celular. ¡Nuestra primera foto juntos! Cuando volvimos al albergue, lo recibió el psicólogo y una enfermera. Me preguntaron:

—¿Ya comió el niño?

—Sí, de hecho, espero que no le haga daño.

La enfermera le confirmó que, de todos modos, le había guardado su plato. Víctor le dijo: “¡Sí, lo quiero! ¿Me lo puede dar?”. Me quede atónita, ¿todavía iba a comer más? Esperaba que no le diera indigestión. Entró corriendo al albergue. No volteó a despedirse de mí.

Viernes 21 de noviembre de 2014

Nos tocaba visita el 19 de noviembre, sin embargo, la licenciada Núñez se comunicó para decirme que se realizaría la entrega el 21 de noviembre a las nueve de la mañana. Que hiciera los preparativos para recibirlo y le comprara ropa. ¡Todo estaba ocurriendo muy rápido! No estaba lista, no podía comprarle ropa, estaba muy pequeño para su edad y no sabía qué talla le quedaría mejor. Me enfocaría en preparar su habitación.

Ese fin de semana me fueron a ayudar a pintar su cuarto y a poner algunos juguetes. Mi hermana mayor, a pesar de sus comentarios cuando le conté que ya lo tendría en casa, se emocionó. Le compró ropa y me pidió que, en cuanto me lo dieran, lo llevara para conocerlo.

A las nueve de la mañana en punto llegué a las oficinas del DIF, donde se realizaría la entrega. La licenciada Núñez me saludó y me pidió que esperara unos minutos mientras llegaban con él, pues habían ido a recogerlo al albergue.

Tenía muchos nervios. No sabía ser madre, hasta entonces comprendí la enorme responsabilidad que había adquirido. Ese pedacito de vida iba a depender totalmente de mí. A las diez, la licenciada salió de su oficina y me hizo pasar: “Vamos a ir haciendo el papeleo mientras llegan con el menor”. Me dio un oficio para que lo leyera. Empezaba con la lectura, cuando entraron con Víctor. Se dirigió a mí y me dijo: “Estoy listo mami, ivámonos a la casa!”. Me quedé atónita, siempre había soñado que alguien me dijera mamá, y ahora que un niño lo hacía, no tenía mucho eco, al contrario, me confundía un poco. “Vamos a realizar unos trámites y nos vamos”, le dije.

Leí el oficio en el que la Procuraduría de la Defensa del Menor del Estado de Chihuahua ponía al menor bajo mi custodia temporal. “Por lo pronto es temporal. De acuerdo con el apego del menor a usted, se tramitará la definitiva, en el cual ya le podrá cambiar los apellidos”, explicó la licenciada.

Me entregaron un informe médico que indicaba que el menor tenía VIH, que estaba en tratamiento y que estaba saliendo de una neumonía. Además se explicaba que tenía problemas de lenguaje. Indicaba también la fecha de las citas con el neumólogo y el pediatra. Al neumólogo teníamos que ir al Hospital Infantil, y con el pediatra al Centro Ambulatorio de Prevención y Atención de Sida e ITS (CAPASITS).

La enfermera que trajo a Víctor me entregó una bolsa con los medicamentos y me indicó a qué hora debía dárselos. “Estos son por su enfermedad, y estos son los que le dio el neumólogo”, dijo. ¡Santo Dios!, todo eso le voy a dar a esta pobre criaturita, pensé. “Es importante que no falte a ninguna cita médica”, me había dicho la licenciada. “Debido a su enfermedad, si no acude a las citas, se

toma como omisión de cuidados y nos avisan del hospital”. No entendí si me lo dijo en tono de amenaza, o por informarme de las consecuencias. El niño parecía desesperado por salir de allí, me jalaba del brazo y me decía: “Ya vámonos a mi casa”.

Me explicaron que no podía sacarlo de la ciudad sin antes avisarles, y que cada dos meses, durante un año, nos citarían del DIF. Después, cada seis meses por dos años para darle seguimiento a la adopción. Salimos después de las doce y media. Los dos nos moríamos de hambre. Yo, por los nervios, no había desayunado más que un café.

Me dirigí a un restaurant de bufé. En cuanto entramos, él quería de todo, nos pasó lo mismo que en la pizza, comió, comió y comió. La única manera en que logré que parara fue al decirle que todavía cenaríamos ese día, y que la cena también estaba muy rica. Al salir nos tomamos nuestra segunda foto. Su mirada en esa foto es triste, perdida, llena de miedo y confusa. Tenía puesta una camisa azul cielo, un suéter azul marino con rayas azul cielo, un pantalón de vestir azul y unos zapatos negros. Los zapatos le quedaban grandes, eran talla veintitrés y él calzaba del veinte, parecía que traía esquiés. Por el contrario, la ropa le quedaba chica y estaba desgastada.

Fuimos a un centro comercial a compararle zapatos para que se quitara esos horribles que le lastimaban los pies y que tenía que arrastrar mientras caminaba. Todo era raro, él no escogía, me decía: “Lo que tú quieras está bien”, a diferencia de mis sobrinos, que eran muy exigentes hasta con las marcas. Compramos algunos pares de zapatos y cambios para al menos una semana. En cuanto salimos de la tienda, fuimos a cambiarle de ropa y zapatos en los sanitarios.

Mi hermana ya me estaba hablando para que lo llevara a su casa. Eran las cinco de la tarde. Ella ya les había comentado a mis hermanos y estaban esperándonos en su casa con pizzas. Antes de llegar a la casa de mi hermana, le dije que iríamos a visitar a su

tía, porque estaba ansiosa de conocer a su nuevo sobrino, y que, a su vez, él conocería a sus tíos y sus primos.

Mi cuñado nos abrió la puerta. Víctor, como si lo conociera, lo saludó diciendo: “Hola, tío”. Mi cuñado se quedó parado, atónito, viendo cómo entraba de manera tan natural a su casa. Mi hermana salió a recibirlo. Él se acercó y le dijo: “Hola, tía, soy Víctor, tu nuevo sobrino”. Ella lo abrazó, lo besó en la mejilla, y luego lo tomó de la mano. “Pasa, toda la familia te estamos esperando”. De la misma manera, él saludó a todos de forma natural.

Estuvimos un rato con ellos, aunque sea difícil de creer, volvió a comer. Toda la familia lo recibió muy bien, gracias a Dios. Víctor, aunque nervioso, se veía contento. Ese día mi sobrino le dio un perro de peluche, al cual le puso Toño, y un balón de fútbol.

Llegamos a la casa al fin. “Hogar, dulce hogar”, me dijo, con una gran sonrisa. Bajamos todas las bolsas del carro, estaba ansioso por entrar.

–¡Qué casa tan grande!, ¿es mía? –me preguntó.

–Claro, Víctor, es tu casa.

Caminaba lentamente observando todo. Al final fuimos a su habitación.

–Aquí es tu recámara.

Se dejó caer en la cama.

–¿Es para mí solo? –me preguntó.

–Todo lo que hay aquí es tuyo.

–¿También esos juguetes? ¿Y la patineta?

–Sí, todo.

Ambos estábamos exhaustos. Le mostré su baño.

–Te vas a bañar, ¿necesitas ayuda?

–Ya estoy grande, mami, en el albergue me bañaba solo.

–Bueno, aquí voy a estar. Si necesitas algo, me gritas.

Después de acostarlo y arroparlo, me fui a mi habitación. Estaba cansada y empecé a pensar en los detalles de lo sucedido. Además, estaba preocupada, no sabía si Víctor podría dormir en un lugar

extraño. Al fin el cansancio me venció y me quedé dormida. Esa primera noche fue intranquila, despertaba constantemente y me asomaba a su recámara a ver si estaba bien. Afortunadamente, al otro día era sábado y podíamos levantarnos más tarde.

RESPE TO

Durante el primer año fue muy difícil la convivencia. Todos los días lo llevaban a la Dirección de la escuela. Primero mordió a la maestra de computación y luego se quedó debajo de una mesa, llorando y pataleando sin control. Se quedó dormido el resto de las clases, hasta que fui a la salida por él. Al otro día no obedeció al profesor de Educación Física, no seguía las indicaciones, y cuando el profesor lo tomó del brazo para llevarlo a la Dirección, se tiró al suelo otra vez haciendo berrinche. Cuando el maestro fue a avisar por los gritos tan fuertes que daba y que asustaban a sus compañeros, la directora trató de controlarlo, pero el niño la pateó. No comprendía nada que tuviera que ver con autoridad.

La maestra de tareas era muy estricta. En una ocasión que quiso hacerle berrinche, ella no se lo permitió. Como es muy inteligente, le contó que era adoptado, de esa manera le tenía cierta consideración y lo dejaba tranquilo. Hasta que le rompió la caja de plástico donde cargaba su material.

Yo soy muy responsable desde niña, por lo tanto no lo comprendía. ¿Cómo podía hacer eso todos los días? Cualquier cosa incorrecta que hiciera tenía consecuencias, pero parecía que nada funcionaba. A veces salía golpeado y no me decía qué le había pasado. En una ocasión el golpe era bastante fuerte, pero, por más que insistí, no dijo palabra alguna.

Una vez, después de llegar de la escuela, le dije que lo que había hecho tendría consecuencias, que me iba a dar lo que tenía en su alcancía para comprar la caja que él, a propósito, le rompió a la maestra de tareas. Empezó a gritar con todas sus fuerzas que

no era justo. Yo trataba de estar tranquila, pero era muy difícil. Se tiró al suelo y empezó a patear el refrigerador. Traté de levantarlo, pero lloraba y gritaba más. Me estaba sacando de control. Hubiera querido pegarle o levantarlo de los cabellos para que llorara por algo de verdad. Respiré lo más profundo que pude y me subí a mi recámara. Le dije que él no podía subir hasta que escribiera tres planas de: “Debo respetar a los adultos”.

Prendí la televisión para no escucharlo; él gritaba más. Subí todo el volumen a la tele y lloré de frustración. Después de más o menos media hora se cansó. Como ya no lo escuchaba llorar, bajé, según yo para revisar que hubiera hecho las planas. En realidad, solo quería saber si estaba bien. No había hecho nada, y entonces le dije que no podía irse a dormir hasta terminar. Sentía que era injusta, pero no sabía de qué manera hacerle comprender que nuestros actos en la vida tienen consecuencias. Volví a subir y le dije que en diez minutos bajaría, las planas deberían estar listas.

Cuando bajé, aún no terminaba. Tenía los ojos hinchados de tanto llorar. Me dijo con voz suave:

–Mami, estoy cansado, ¿me puedo ir a dormir?

–No –contesté molesta–, hasta que termines.

¿Cómo podía ser tan malvada con ese pedacito que se veía ya cansado? Pero tenía que aprender.

¡TÚ NO ERES MI MADRE!

Otro día más de quejas. Con un lápiz había lastimado a una niña y a otra le bajó la pantalonera. ¿Qué le pasa, Dios mío?, ¿por qué hace eso? Llegamos a la casa y me dispuse a hablar con él. Cuando vio que estaba molesta, empezó a llorar y se arrinconó en la esquina de la sala. Parecía un animalito asustado, me daba ternura, lo quería abrazar. Estaba a punto de acercarme a él, cuando me gritó:

—¡Me vas a dar consecuencias!

—Yo no te las doy, tú te las ganas con tu comportamiento.

—¡No te quiero! —me gritó una y otra vez.

Yo estaba sentada en un sillón.

—Ni modo, yo sí te quiero a ti. Y es por eso por lo que te debo corregir.

—¡No me digas qué hacer!, ¡tú no eres mi madre!

Sentí que mi corazón se rompía en pedazos. Ese pequeño e indefenso niño me odiaba, pensé. No le demostré que me había lastimado. Me acerqué, lo tomé de la cara con mis manos obligándolo a que me observara y le dije:

—Yo soy tu madre y no me vuelvas a decir lo contrario. Yo no te tuve, pero Dios te trajo a mí y eso es suficiente. Es la primera y última vez que tolero que hagas ese comentario. ¿Fui clara, verdad?

Le solté la carita llena de lágrimas. Solo movió la cabeza en señal de que había entendido. Hasta ahora, jamás ha vuelto a decirlo.

POSADA NAVIDEÑA

Gracias a Dios ya venían las vacaciones de diciembre. Lo alisté para su posada navideña. Era el último día de clases. Les habían preparado comida especial, regalos, piñatas y dulces. Él no entendía lo que iba a pasar, pero iba feliz. Ese día no me tocó trabajar, así que fui a dejarlo y lo recogería al mediodía, cuando se terminara el evento.

Llegué una hora antes. No sabía cuál era la razón, pero no me sentía tranquila. Como trabajaba en la escuela, entré sin problema. La reunión era en el gimnasio. Los niños estaban emocionados porque estaba Santa. Todo ahí era un ambiente de Navidad y felicidad. Víctor, ¿dónde estaba? No lograba verlo por ningún lado.

Le pregunté a un coordinador y me dijo que estaba en la Dirección. La secretaria escolar era la única que se encontraba en la oficina, todos los demás disfrutaban de la fiesta. Víctor se encontraba en un escritorio, dibujando. Cuando me vio, se levantó y me dijo: “¡Ya vámonos!”. Firmé una hoja en la que quedaba registrado que me lo habían entregado.

Nos subimos al carro. “¿Qué sucedió?, ¿por qué no estabas en el festejo?, ¿y tus dulces?”. Se soltó llorando y pateaba el asiento del carro. Me dijo que lo regresara al albergue, que allí todos lo querían, que en la escuela nadie lo quería, ni los niños ni los adultos ni yo lo quería. Que él era más feliz en el albergue. Me sentí muy triste. Como madre era un fracaso, no podía hacer feliz a esa personita. Me senté frente a él para hablarle:

–Yo sí te quiero mucho –las lágrimas rodaron por mis mejillas–. No te puedo llevar al albergue porque el primer día que estuvimos

juntos te prometí que, pasara lo que pasara, nunca te abandonaría, ¿lo recuerdas?

Me abrazó y ambos duramos un rato llorando. Nos limpiamos las lágrimas.

–¡Mami, tengo hambre!

–¿Vamos a comer unas deliciosas gorditas? –le pregunté.

–Sí –sonrió limpiándose las lágrimas.

COMPAÑEROS DE SALÓN DE CLASES

Los grados primero, segundo y parte de tercero fueron muy difíciles para él. No tenía amigos, decía que los niños no lo querían. “No los culpo –le dije–, en las juntas los maestros dicen que los molestas.” Le gustaba ofenderlos diciéndoles sus defectos: panzona, le decía a una niña gordita; cuatrojos a un niño con lentes; a uno que se comía los mocos, asqueroso, marrano. Y así a cada uno.

En una ocasión, le contó a un maestro que era adoptado y que había estado en un albergue, solo que lo platicó frente a todos sus compañeros. A partir de entonces, una compañerita llamada Carol, se la pasaba molestándolo. Le decía que yo no era su mamá, que era su madrastra, que no merecía estar en esa escuela, y una serie de tonterías más, con intención de lastimarlo y avergonzarlo.

Había días en que él decía que odiaba a esa niña molestosa. Yo le decía que la ignorara, que aunque era tan pequeña, tenía un corazón muy negro. Desde que está conmigo, he insistido en que debe respetar a las niñas y que no se les pega, aunque sean molestas, que lo mejor es alejarse de ellas antes de tener problemas. Pero con Carol no funcionaba, me decía que le quería pegar. Cierta día ella le aventó la caja de colores y se la rompió. El profesor la ponía a ayudarlo a entregar cuadernos, y a mi niño se lo aventaba, por eso el cuaderno estaba roto. Otra vez, Carol le dio una patada, y cuando Víctor la correteaba para pegarle, el profesor lo castigó sin recreo.

Esto fue lo último que toleré. Fui a hablar muy molesta con el profesor y le dije que si no controlaba a esa niña, iba a hablar

directamente con la directora. Que mi hijo no era cualquier mocoso, y que si un día le pegaba a la niña, no quería que me hablara o le impusiera consecuencias porque él no los controlaba en el salón. Que era su responsabilidad mantener un ambiente sano y de respeto dentro del salón. Lo más extraño es que, pese a los problemas que tenía con esa niña, a él le gustaba.

En una conversación con él, le dije que no era bueno platicar las cosas personales, porque no toda la gente es buena y se aprovecha de eso para lastimarnos. Que no era malo ser adoptado ni era un secreto, pero eso únicamente nos interesaba a nosotros dos.

Marco era otro de sus compañeros. Era muy violento. Sus papás se estaban divorciando y él mostraba su enfado golpeando a los demás. Todos en el salón le tenían miedo, incluso Víctor. Muchos de los golpes con que a veces llegó se los hizo Marco. Sin embargo, jamás me lo decía.

En una ocasión íbamos llegando a la escuela y los niños se estaban formando en la explanada. Víctor se despidió y salió corriendo a formarse. Yo me dirigía a las oficinas, cuando lo oí llorar. Marco lo tenía en el suelo y lo estaba pateando. Llegó un maestro y se lo quitó de encima. Ya no vi más, me fui a la oficina llena de coraje e indignación.

La directora habló conmigo más tarde y me dijo que habían suspendido al niño unos días, que no sabían la razón por la que había hecho eso, que lo disculpara porque tenía problemas en su casa, etc. La verdad no la escuchaba, sus disculpas y castigos, para mí, como madre, no eran suficientes. Ese día, al llegar a la oficina, lo abracé muy fuerte. Él empezó a llorar y me preguntó: “¿Me vas a dar consecuencias?”. “En esta ocasión no”, respondí.

Cuando llegamos a la casa, le dije: “Yo no quiero que peeles o molestes a tus compañeros, debes respetarlos, pero ellos tampoco tienen derecho a golpearte u ofenderte. Si veo que Marco te vuelve a pegar y tú no metes las manos, yo te voy a dar una paliza. Eres un niño, un día vas a tener que defender una familia y

no puedes dejar que cualquiera te maltrate. Así que, si se acerca a pegarte, vas a cerrar el puño y le vas a dar un trancazo. Le vas a decir que no se vuelva a meter contigo”.

Como Víctor era un niño maltratado, estaba acostumbrado a los golpes, no metía ni las manos. Aunque suene raro, era como si hasta los necesitara o disfrutara. Obviamente no hizo lo que le pedí.

Cuando entró a tercero, moví mis influencias con la secretaria escolar y le dije: “Por favor, no deje a Víctor en el mismo salón que a Marco y a Carol”. Tercer grado ya fue mucho más tranquilo. Salía contento de tener amigos y no se dejaba golpear; tuve que meterlo unos meses a un curso de defensa personal, pues no quería que mi hijo fuera violento, pero tampoco que se dejara.

Le he dicho que, como hijo de Dios, él es igual de importante que los demás. Hemos trabajado mucho en su autoestima, ya que, como víctima de violencia, él carecía de ella. Ya es un niño más seguro de sí mismo. Todos los días le digo que es un niño amado e importante y que no necesita portarse mal para llamar mi atención.

Ahora, cuando tiene que venir en el recreo por algo, viene con compañeritos y les dice: “Ella es mi mamá”. Ya tiene muchos amigos y es más feliz.

¿ME COMPRAS UN VESTIDO?

Salimos a un centro comercial a comprarle ropa formal. En unos días mi hermana celebraría sus veinticinco años de matrimonio y la celebración se realizaría donde se casó por primera vez, en Irapuato, Guanajuato. Nos pusimos de acuerdo en la familia para rentar un camión e irnos a la boda y pasar Navidad allá, aunque tal vez queríamos escapar de la ciudad. Era la primera Navidad sin mis padres, las dos anteriores las habíamos pasado una de luto, y la otra en el hospital.

Fuimos a la tienda Cimaco, ya que Víctor y Michelle serían los pajes en la iglesia. Estaba entretenida buscándole un traje y a un lado se encontraba la ropa para damas. Cuando volteé para ver si le gustaba el traje, lo vi observando un vestido de noche muy llamativo color rosa, lleno de lentejuelas y con muchos brillos. Llegué hasta él y lo tomé de la mano.

–No te separes de mí, Víctor –le dije.

–Mami, ¿me compras este vestido?”.

No lo podía creer. ¿Qué le pasaba a mi niño?, ¿quería un vestido?, ¿acaso le gustaba vestirse de niña?, ¿era gay?, ¿o qué demonios estaba pasando?

–No –le dije muy seria–, eres niño, de este lado elige algo.

Se enojó; cuando se enoja me hace unas trompitas y no voltea a verme, me da la espalda. No le hice caso. Seguí con mi búsqueda del traje, pero en realidad mis pensamientos estaban muy lejos de la tienda. “¿Lo habrían violado? Era lo más probable, por eso tiene ese comportamiento”, pensé. ¡Dios, ayúdame!, ¡no sé qué hacer!

No compré ropa y nos fuimos a la casa. Cuando terminamos de comer, ya se le había pasado el enojo. Hablé con él:

–Víctor, ¿tú sabes que pase lo que pase nunca te voy a dejar?
–le pregunté.

Asintió con la cabecita.

–A mí me puedes contar lo que sea, soy tu mamá y te voy a comprender. ¿Por qué querías ese vestido?, ¿te gustan los vestidos?

–Te vas a enojar si te cuento, mami –me dijo avergonzado y mirando al suelo.

–No, me puedes contar lo que sea.

–Sí, me gustan. Cuando vivía con mi tía, su hija me ponía sus vestidos, a mí me gustaba. Una vez en el albergue también me puse un vestido de princesa.

–¿Qué te dijeron las personas del albergue?

–Que no me lo volviera a poner porque era de niña. También me gusta pintarme. Dennis, mi compañera de la escuela, me puso colorete en mi boca, ¿te acuerdas de que salí pintado? Te dije que me lo puso a fuerzas, pero yo me dejé.

–¿Y que hicieron los niños de tu salón cuando te vieron pintado?

–Se rieron mucho de mí.

–¿Tú cómo te sentiste con eso?

–Triste.

–Mira, hijo, tú no tienes la culpa de lo que pasó antes, pero a ti Dios te hizo un niño, y muy guapo, entonces tienes que vestirte y comportarte como tal. Tu prima no tenía por qué vestirte con su ropa. Y tú no te ves bien pintado, ni siquiera Dennis, porque es pequeña y no es tiempo de que se ande pintando. Ahora dime, ¿alguien te lastimó antes de llegar al albergue o en el albergue?, es decir, ¿tocó alguna de tus partes íntimas?

–No, contestó. Ya no me preguntes, mami, me da vergüenza.

–Bueno, solo quiero que sepas que, si alguien lo hizo, no estuvo bien. No es correcto y puede ir a la cárcel, nadie tiene derecho a tocar tus partes íntimas.

Hoy sé que no tenía identidad. Cuando lo vestían de niña en casa de su tía, era para reírse un rato de él. Él lo hacía para sentirse querido en ese momento, que se burlaran lo asumía como cariño porque nunca le ponían atención.

NUESTRA PRIMERA NAVIDAD

La pasamos en un lugar al que no pertenecíamos. Esa noche recordé las Navidades que había pasado con mis padres. Cada una era especial. Recuerdo que, cuando alguno quería salir de viaje con amigos, mi papá decía que la Navidad era para estar en familia, mientras que viajar, podía hacerlo en cualquier fecha del año. Los preparativos iniciaban con meses de anticipación, seleccionando lo que íbamos a cenar. ¿Quién compraría las cosas para hacer los tamales?, ¿quién se encargaría de ayudar a poner el Nacimiento?, y así planeábamos cada detalle.

La Navidad, para nosotros, iniciaba con la misa a las nueve de la noche. Todos llegaban a la iglesia muy guapos acompañados de sus hijos. El padre, al finalizar la misa, bendecía a cada familia, una por una. Cuando nosotros pasábamos, nos reíamos porque el pasillo se llenaba, aun cuando nos juntábamos lo más que podíamos.

En la casa empezábamos con la posada, se arrullaba al Niño Dios, luego cantábamos villancicos mientras encendíamos velitas de colores y luces de Bengala. Después, ¡a romper la piñata! y, finalmente, nos reuníamos para cenar. Mi padre hacía una oración dando gracias a Dios por las bendiciones recibidas y pedíamos especialmente por mis hermanos que por alguna razón no se encontraban con nosotros. Hacíamos un brindis justo a las doce, y después de gritar: ¡Feliz Navidad!, nos abrazábamos todos.

A los niños siempre les tenían un regalo los abuelos, aunque fuera sencillo. Ver sus caras al abrirlos nos hacía felices.

¡Qué hermosas Navidades! Y ahora estamos aquí, en esta ciudad a la que no pertenecemos y donde a nadie le importamos.

Lloré amargamente hasta dormirme. Era la tercera Navidad más triste de mi vida. Extrañaba a mis padres. Aun cuando a veces parecía que lo había superado, por momentos me volvía a deprimir. A veces olvidaba que ya era madre y que tenía que hacer feliz a un pedacito, independientemente de cómo me sintiera.

Regresamos a *Juaritos* para pasar el Año Nuevo. Debido a que no habíamos estado, Santa no llegó a ninguna casa de la familia, pero les dijimos a los niños que los Reyes Magos sí vendrían. El 5 de enero Víctor dejó muy boleado su zapato, acompañado de un vaso de leche y galletas.

A la mañana siguiente encontró tres regalos y una carta que le habían dejado. Yo se la iba a leer, pero, para mi sorpresa, empezó a leerla con gran dificultad. No lo podía creer, tenía un mes, más o menos, en la escuela, ¡y ya leía! Me puse feliz y lo abracé, le dije que era un niño muy inteligente y que íbamos a leer a diario hasta que aprendiera bien.

La hermana de mi amiga Lolita me mandó un mensaje, era un video animado. Se lo mostré, estaba emocionado, no lo podía creer. Santa sabía su nombre, tenía el libro de su vida que los duendes le habían ayudado a buscar, y le había mandado un mensaje a él. ¿Cómo sabía Santa mi número de teléfono? Creo que ese fue el mejor regalo que recibí.

LA FAMILIA

Lolita, mi amiga, tiene una familia pequeña. Ella es la mayor de tres hijos, le sigue Verónica, y el más pequeño, José. Verónica tiene un hijo de dieciséis años que se llama Israel; y Tita, que es la jefa de la familia.

Cuando Víctor llegó a mi vida, ellos lo adoptaron como si en verdad fuera parte de su familia. Tita es su abuelita, Lolita y Verónica son sus tías, y José e Israel, sus primos. Cada uno de ellos forma parte importante de la vida de Víctor.

Con Lolita me acusa de todo, se siente protegido, y le gusta platicarle lo que le pasa. A pesar de que Lolita no es muy cariñosa, es a la que más sigue. Con Verónica se “chiplea” mucho, ella es muy cariñosa, le gusta tenerlo abrazado cuando están viendo televisión y siempre está atenta a lo que quiere o lo que le gusta. José es un joven inteligente, es un ejemplo para Víctor, con él habla de planetas y dinosaurios, que son temas que le interesan. Israel es un joven con habilidades para el arte, específicamente la pintura; a Víctor le gusta ver sus cuadros y dice que él, un día, también va a pintar así. Además, con él practica las pocas palabras que sabe en inglés, juega ajedrez o Turista, ya que le tiene mucha paciencia.

Tita es la más especial en su vida. Lo consiente, le da consejos, ora por él, le hace comidas deliciosas que Víctor disfruta mucho y, si por ella fuera, querría tenerlo en su casa todo el tiempo. Cuando ella se enferma, Víctor sufre mucho, porque en verdad se ha dado un gran cariño entre ellos. En cada hecho importante tienen que estar mis hermanos y la familia de Lolita para que se sienta completo y feliz.

He comprendido que no importa quién tiene tu misma sangre, lo importante es quién te hace feliz y quien está contigo en todo momento, esa es tu verdadera familia. Víctor se siente feliz de tener dos familias, muy diferentes, pero a cada una la disfruta. En Navidad cenamos con la familia de Lolita, nos damos regalos y salimos corriendo con mis hermanos, que ya nos están hablando por teléfono porque no llegamos. Ahora mi hijo tiene dos familias que lo quieren, y sé que van a estar con él en todo momento. Víctor es un niño tan especial, que se ganó inmediatamente el cariño de todos.

Enero de 2015

Teníamos la primera cita de seguimiento en el DIF. El estacionamiento estaba a dos cuadras de las oficinas. Íbamos caminando, cuando me preguntó:

—¿Ese es un hotel?

Era un hotel muy cerca del centro de la ciudad, sucio y viejo, no se veía agradable y mucho menos higiénico, además, por lo que pude observar, no era apto para familias, ya que cobraban por hora.

—¿Tú has estado en un hotel, Víctor?

—Sí —respondió agachando la mirada.

—¿Con quién fuiste?

—Con mi mamá Ana, mi verdadera madre.

—¿Fueron de vacaciones?

—No, mami, ella iba allí a encontrarse con hombres para hacer... itú ya sabes! A mí me encerraba en el baño, me acostaba en el piso y me quedaba dormido. Mi mamá era muy mentirosa, porque cuando llegábamos a la casa me decía que no le dijera nada a Ramón.

Ramón era el hombre con quien vivía su mamá.

—Nunca quiero ir ya a un hotel, mami.

–Víctor, yo muchas veces me quedé en un hotel cuando salía de viaje con mis papás y nuestra casa quedaba lejos. Entonces, como necesitábamos un lugar dónde dormir y bañarnos para continuar con la diversión, pues nos hospedábamos en un hotel. Cuando nosotros viajemos juntos nos vamos a quedar en un hotel y te va a gustar, tienen televisión, y tú vas a tener tu cama y yo la mía.

–¡Mami!, ¿me llevas al mar? Quiero conocer el mar.

–Sí, Víctor, pronto viajaremos a la playa para ver el mar.

Mi cabeza no estaba preparada para tanta información. ¿Cómo podía su mamá hacerle eso? Lo imaginaba dormido en el frío suelo del baño de un horrendo hotel.

Llegamos a las oficinas del DIF. Nuestra conversación había terminado.

Después de que Víctor entrara con la psicóloga y le hiciera una serie de preguntas sobre cómo le iba en su nuevo hogar, me tocó pasar a mí.

Fui directa con la psicóloga y le pregunté: “¿En el expediente del niño hay alguna nota o información que indique si fue víctima de abuso sexual?”. Me contestó que no sabía, además de que, desde el inicio del proceso nos habían aclarado que no nos darían ningún tipo de información. ¡No lo podía creer! Necesitaba saber qué le pasó a mi hijo para ayudarlo, pero por sus políticas no me podían decir. No me parece justo que adopte a un niño y no sepa nada de su historia; y más cuando ya están grandes, ya que, de cualquier manera, uno se entera, pero es difícil saber qué es parte de su imaginación y qué ocurrió verdaderamente.

La psicóloga me preguntó qué me hacía suponer eso. No le contesté, le dije que quería estar segura de que no lo habían lastimado. Si ella no me daba información, tampoco yo se la daría.

Me fui molesta de allí. Hubiera querido que, en las siguientes citas, mi carro fuera mágico y apareciera frente a las oficinas del DIF sin tener que pasar nuevamente por ese hotel que le traía tan malos recuerdos a mi hijo.

SU CUMPLEAÑOS NÚMERO OCHO

Mi hermana me habló para que pasáramos a su casa al salir de la escuela. Le había comprado un pastel a Víctor y quería darle su regalo. Además, iban a llevarlo de paseo a algún lugar divertido para él. Su Tita también me llamó, querían festejarlo y comprarle su pastel, Verónica ya lo había ordenado.

¿Ahora qué iba a hacer? A la que le dijera que fuera otro día, se molestaría. Ninguna me había dicho sus intenciones. Yo era su mamá y también tenía planes. Le hablé a su Tita, le pedí una disculpa y pregunté si podíamos dejarlo para el siguiente día. No le gustó, pero aceptó.

Llegamos a casa de mi hermana. Ya estaba el pastel en la mesa y el comedor lleno de globos. Mi hermana, su esposo y mis dos sobrinos, Johana y Martín, ambos jóvenes, le cantamos *Las Mañanitas*. Le sopló a la velita del pastel pidiendo un deseo. Le dieron sus regalos: un juguete, ropa y zapatos. Se quitó el uniforme y estrenó la ropa. Nos fuimos todos a jugar a Moyland, un parque de diversiones en un centro comercial. Él estaba feliz, hasta ese momento no lo había visto tan contento. Así fue el primer día de festejos de su cumpleaños.

Al otro día era sábado. Llegó a la casa Tita, con toda su familia y dos de mis hermanos con las suyas. Partimos el pastel, le dieron sus regalos y luego nos pusimos a bailar. Nuevamente su carita se veía iluminada por la felicidad.

El domingo ya me tocaba a mí celebrarlo, así que nos fuimos a desayunar a un restaurante y luego a un parque de diversiones. Tres días festejó mi niño su cumpleaños. Dios lo compensó por todos los que no hubo celebración.

ODIO

Era domingo, desayunábamos tranquilamente en la casa. De pronto sus ojos se llenaron de lágrimas.

—¿Qué te pasa, Víctor?

—Extraño a mi mamá, a mi verdadera mamá.

Le tomé la manita y, con la voz más suave que pude, le dije:

—Te entiendo, yo estoy grande y también extraño mucho a mi mamá.

—¿No te enojas?

—Claro que no, ella es tu mamá, y una madre es lo más importante en nuestra vida.

Se llevó sus manitas delgadas a la cara y comenzó a llorar, era un llanto de tristeza. Parecía que era tanto su dolor que se ahogaría. Le dije que estaba bien llorar, que las lágrimas limpian nuestra alma.

—¿Qué es lo que más extrañas? —le pregunté.

—Estoy preocupado por ella, no sé dónde está, ¿y si la policía se la llevó?, ¿o si Ramón le pega? —sollozaba aún más—. ¡Y no puedo hacer nada!

Me dio tanta pena que a su corta edad tuviera tanta preocupación.

—Sí puedes hacer algo —dije sonriendo—, ¿sabes que Dios escucha las oraciones de los niños porque son sus favoritos? Si tú le pides por tu mamá, él la va a cuidar donde quiera que esté. Ahorita que te lleve a misa, te puedes quedar a orar, ¿quieres que te acompañe?

Volteó sorprendido con la cara llena de lágrimas:

—¿Tú quieres rezar por mi mamá?

—Si no quieres, no.

—Sí quiero, mami.

Ya más tranquilo, me empezó a platicar.

—Un día, mi mamá no llegaba del trabajo, ya estaba el sol y no regresaba. Ramón estaba enojado y daba vueltas en el cuarto diciendo muchas groserías. Al rato entró mi mamá. Venía golpeada, traía la ropa llena de sangre y estaba despeinada. Le contó a Ramón que, en el baño del bar donde trabajaba, la habían golpeado dos mujeres porque pensaban que ella andaba con sus hombres. Ramón se enojó todavía más. Me dijo: “Enciértrate en el baño, Víctor”. Yo corrí a abrazar a mi mamá, pero él me jaló del brazo, se quitó el cinturón y me dejó encerrado. Le pegó a mi mamá. Yo nomás escuchaba los gritos y quería abrir la puerta, pero no podía. Mi mamá lloraba mientras él le pegaba —se tapó nuevamente la cara con sus manitas—. ¡No pude defenderla, mami!, ¡dejé que le pegara! Hubiera salido corriendo por la policía, pero no sabía que ellos nos podían ayudar —su carita cambió completamente—: ¡Lo odio, mami!, ¡odio a Ramón!

CICATRICES

Mi hijo tiene muchas cicatrices, en su corazón y en su pequeño cuerpo. Afortunadamente, con su crecimiento se van haciendo más pequeñas las visibles, y tengo fe en que las de su corazón también desaparezcan con el tiempo. En su cabecita tiene varias cicatrices pequeñas, debajo de su ojo derecho y en la barbilla también.

Me llamaba la atención que fueran casi de la misma medida, siempre que le preguntaba: “¿Qué te pasó?”, decía que no se acordaba.

Mi mamá cumplió su segundo aniversario luctuoso y fuimos a misa. Dentro de la iglesia está el nicho donde depositamos sus cenizas. Cada vez que voy, recuerdo cada momento de su partida. Al final de la misa nos acercamos todos al nicho y mis hermanos contaron vivencias con ella. Yo me levanté como si me hubieran dado un piquete y les dije: “Ya me voy, lo siento, todavía no estoy lista para estas pláticas”.

Salimos de la iglesia y unos metros adelante me detuve, las lágrimas no me dejaban ver. Empezaba a oscurecer y lloraba desconsoladamente, sentí sus manitas abrazándome, sus ojitos también estaban llenos de lágrimas. Saqué fuerza, me limpié las lágrimas y le dije: “¡No te preocupes, estoy bien!”. En esos momentos se me olvidaba que tenía ese pedacito, que había dejado de ser hija y ahora era mamá. Tenía que estar bien por él. Llegamos a la casa, hacía frío. Le pregunté:

—¿Nos tomamos un chocolate caliente con pan?

Volteó a verme sonriente.

–Claro que sí, mami –toqué su carita para hacerle una caricia, mis dedos tocaron esa cicatriz debajo de su ojo:

–¿No recuerdas qué te pasó? –pregunté.

–Mi mamá me pegó, ¿quieres que te cuente?

No sé si lo hizo para que se me olvidara mi tristeza o porque necesitaba desahogarse.

–Como quieras, no te quiero presionar, si deseas platicarme, yo te escucho.

–Estaba feliz. Ramón salió, iba a cobrar un dinero. Mi mamá le dijo que al volver le trajera un bote de nieve. Imaginé una tarde feliz, únicamente con mi mamá: “Seguro nos la vamos a pasar jugando Nintendo”. Mi mamá lo compró, pero Ramón nunca nos lo quería prestar. Mi mamá lo prendió, me acerqué sonriente y le pedí un control para jugar, pero volteó enojada y me dijo: “Voy a jugar yo sola, ahora que no está Ramón quiero estar tranquila, así que desaparece de mi vista”. Me sentí triste, pero me quedé a su lado para ver cómo jugaba. Luego le pregunté: “¿De qué sabor encargaste la nieve? Volteó y me dijo: “¡No te importa! ¿Quién te dijo que te voy a dar?”, y siguió entretenida jugando. Lloré porque me sentí triste, siempre se divertía con Ramón y conmigo nunca jugaba. Me ganó el enojo, me tiré al suelo, hice berrinche y le grité: “¡Quiero jugar y quiero nieve!”. Tú ya sabes cómo me pongo cuando me gana el enojo, mami.

Asentí con la cabeza, ¡vaya que si lo sabía!

–Mi mamá se levantó, tomó uno de sus zapatos y empezó a pegarme con el tacón, uno muy picudo porque eran los que usaba para ir a trabajar. Cuando se cansó de pegarme, sentía caliente cerca de mi ojo y en la cabeza, era sangre. Ella solo me dijo: “¿Ya se te quitaron las ganas de hacer berrinche?”. No le dije más, me quedé en una esquina llorando. Volvió a jugar en el Nintendo. Cuando llegó Ramón, me vio y le preguntó: “¿Por qué le pegaste?”. Ella contestó: “Es bien malcriado, ya no lo aguanto”. Los dos se rieron y siguieron jugando. Eso fue lo que me

pasó, por eso tengo esa cicatriz, fue con el tacón del zapato de mi mamá.

–Es hora de dormir, luego continuamos la plática.

Después de lavarse los dientes, fui a asegurarme de que estuviera bien cobijado. Me acerqué a besarlo y me dijo:

–Te quiero, mami, poquito, pero te quiero –se me hizo un nudo en la garganta. Le contesté:

–Pues yo te quiero mucho.

¡Qué difícil situación la que había pasado mi pedacito! Ni siquiera me puedo imaginar qué se siente ver que no le importas a tu propia madre. No lo había curado después de verle las heridas. ¡Qué insensible era!, y él preocupado por ella, no merecía sus oraciones.

Yo tenía bonitos recuerdos de mi madre. Nuevamente me puse a llorar hasta que me quedé dormida.

CÓMO LLEGÓ AL ALBERGUE

Un frío jueves de invierno, Lolita nos había invitado a tomar un cafecito con pan a Café Único. Entramos corriendo, ya que el frío calaba hasta los huesos. El lugar era pequeño, pero acogedor; ya se encontraba allí Lolita.

–¿Listo para un chocolate caliente? –le preguntó a Víctor.

–Ya sabes, tía, que soy bien tragón –contesto él.

Nos soltamos riendo los tres, empezaba a verlo más seguro y desenvuelto. Estábamos ordenando, cuando la gente empezó a subir a la parte de arriba del café.

–¿Qué sucede? –le preguntamos al mesero.

–Hoy se proyecta una película alemana, si gustan subir, allá les llevo su orden.

Cuando salimos del café, al finalizar la película, Víctor me dijo:

–Esa película me puso triste, me recordó el último día que vi a mi mamá.

–¿Quieres que hablemos de eso? –le pregunté.

–La última noche que estuve con mi mamá, se estaba poniendo guapa para ir a trabajar. Le gustaba ponerse los pantalones muy apretados y unos zapatos de tacón rojos. Es tan bonita... Ramón le gritó que llegaría tarde al trabajo. Se fueron sin despedirse de mí. Todas las noches me dejaban encerrado, yo prendía todas las luces porque me daba miedo, luego veía la tele o jugaba en el Nintendo hasta que me quedaba dormido.

”Cuando llegaron en la mañana, mi mamá me dijo que juntara mi ropa y mis juguetes en una bolsa de plástico. Salimos del cuarto y tomamos un taxi. Llegamos a una casa que no conocía. Le dijo al

taxista que la esperara. Tocó la puerta y salió una amiga, me dejó ahí. No se despidió de mí, solo regresó al taxi y se fue.

La amiga de mi mamá me pasó a su casa. ¡Olía horrible!, ¡de asco!, ¡olía a pies! Ella vivía allí con su esposo, me dio un libro y unos colores para dibujar. Estaba en un sillón, no bajaba mis pies por que había muchas cucarachas grandotas, me daba miedo que se me subieran.

”Después me dijo que me tapara con el libro los ojos. Hice como si los tuviera tapados, pero vi lo que hacían, se estaban inyectando sangre, primero la mujer y luego el hombre. Ya no supe qué pasó después, porque me quedé dormido.

”Al otro día salí con la mujer a la calle. Desde que mi mamá me dejó, no había comido y tenía mucha hambre. Vimos una patrulla, la mujer se asustó cuando vio que los policías se acercaban a nosotros. Ella les dijo que yo no era su hijo, que no me había golpeado, que mi mamá me había encargado con ella, pero que no quería problemas, que me llevaran porque no me podía cuidar. Fue porque todavía traía la camisa manchada de sangre, no tenía mucha ropa y casi nunca me bañaba.

”Los policías me preguntaron si tenía hambre. Les dije que sí. Me compraron un jugo y unas galletas y nos subieron a la patrulla. La mujer también tenía hambre, me quitó casi todas mis galletas, únicamente me dio dos. Ellos me llevaron a las oficinas donde me entregaron contigo. De allí me llevaron al albergue dos señores, me dijeron que solo estaría unos días mientras encontraban a mi mamá. Por eso, cuando te vi la primera vez, pensé que ya habían encontrado a mi mamá”.

¿Cómo una película había sacado sus recuerdos?, dolorosos recuerdos del día que su madre lo dejó, pensé.

ADOPCIÓN DEFINITIVA

Me citaron en la Procuraduría de la Defensa del Menor y la Familia del DIF estatal. La licenciada Núñez me dijo que tenía que convencer al Consejo para que se me otorgara la adopción definitiva, esto implicaba que podría iniciar el juicio para cambiarle los apellidos y sacarle la visa láser. Nos habíamos perdido de dos viajes familiares porque Víctor no tenía visa. A ambos nos urgía. Además, ya no quería tener sus antiguos apellidos.

La cita era a las once de la mañana. Pedí permiso para no llevarlo a la escuela y aprovechar para que conociera otra ciudad. Debo decir que mi hijo no tenía idea ni del tiempo ni del espacio. Salimos a las cinco de la mañana de la Central camionera. Lolita nos acompañó para quedarse con el niño mientras yo entraba a la cita. Para él todo era novedad, el autobús tenía una pantalla frente al asiento en la que se podía jugar o ver películas. Iba fascinado, jugando, no quería que llegáramos. Hicimos cinco horas hasta la Central de Chihuahua. De allí tomamos un taxi a las oficinas y llegamos a las diez y media de la mañana. Había varias personas en la sala de espera. Vi que salieron unos esposos abrazándose y la mujer lloraba; me estaba poniendo muy nerviosa. ¿Qué era lo que sucedía adentro para salir así? A mí no me van a quitar a mi hijo, ni lo piensen. Él ya está acostumbrado a estar conmigo y nos ha costado mucho llegar hasta aquí.

A la una de la tarde me hicieron pasar a una sala amplia con una mesa ovalada. Había entre diez y doce personas. Me pidieron que me sentara en la cabecera de la mesa para que todos pudieran observarme. Se presentaron, tenían puestos importantes

dentro del DIF, o eso me pareció, por los nombramientos que tenían. Finalmente, una licenciada que dirigía la reunión me dijo:

–Nos dimos a la tarea de revisar su expediente. Díganos, ¿por qué desea adoptar a Víctor?

–Porque soy su madre, la que Dios destinó para cuidarlo, guiarlo, quererlo y protegerlo. Mi hijo, desde que estaba en el vientre de su mamá, ya tenía escrito esto en el libro de su vida. No voy a permitir que nada nos separe, ya sufrió mucho para llegar hasta este momento, necesita empezar a vivir como todos los niños, estudiar, divertirse, sentirse amado y ser feliz.

–¿Cómo le va con su enfermedad? –me preguntó otro licenciado.

–Gracias a Dios, Víctor está muy bien, el neumólogo ya lo dio de alta, y estamos trabajando para que las réplicas del VIH disminuyan hasta ser indetectables –respondí muy seria y segura.

–¿Cómo sabe que el menor es feliz con usted? –me preguntó una señorita.

–Puede preguntarle al niño. Está en la sala de espera.

Todos se miraron unos a otros. Debo decir que las piernas me temblaban, pero, según yo, no lo demostraba.

–Nos gustaría mucho conocerlo –dijo un licenciado–, ¿puede hablarle para conocerlo en persona?

Fui por Víctor, que ya estaba fastidiado y tenía mucha hambre.

–Te van a hacer unas preguntas. No te pongas nervioso, es solo un trámite, yo voy a estar allí contigo.

Entramos. Él se escondía detrás de mí.

–Saluda, Víctor, estas personas te quieren conocer.

Se sentó a mi lado y le preguntaron:

–¿Quién es ella?

–Mi mamá.

–¿La quieres mucho?

–Sí, ella me cuida, me da de comer, me lleva al doctor y al restaurante. Me gusta mucho ir al restaurante; con ella soy feliz.

—¿Te gustaría quedarte a vivir con ella o prefieres regresar al albergue?

Él se levantó asustado y me abrazó.

—¡No dejes que me lleven!

—No te asustes, nunca nos van a separar. Solamente responde, por favor.

—Ella es mi mami y quiero estar siempre con ella.

—Nos da mucho gusto que la quieras y te sientas feliz —le dijeron.

La licenciada que dirigía la junta se levantó y me dijo:

—Cuando veo casos como el suyo me siento feliz y plena con mi trabajo. Creo que no hay más preguntas, a todos nos quedó claro. ¿Alguien quiere preguntar algo más?

Nadie respondió.

—¿Puedo darles un abrazo?

—Claro que sí —le contesté.

Todos se levantaron y nos abrazaron felicitándonos. Luego, la licenciada que dirigía me comentó:

—Por nuestra parte es todo. Ya en Juárez se comunicarán con usted para iniciar el juicio de adopción definitiva. Nuevamente, la felicito. Ambos son especiales, y tiene razón: Dios ya los había elegido para ser madre e hijo.

Cuando salimos de la sala, Víctor me preguntó:

—¿Por qué vinimos con estas personas?

—Es únicamente un trámite, ¿recuerdas? Ya voy a poder cambiar tus apellidos. Vámonos a comer porque nuestras tripas ya hacen mucho ruido.

En la sala de espera estaba Lolita, muy nerviosa. En cuanto nos vio, quiso saber:

—¿Qué pasó?

—¡Ya me van a poner los apellidos de mi mami! ¡Voy a tener visa para ir a El Paso! —le contestó Víctor.

—¡Hay que festejar! —dijo Lolita.

Nos fuimos al centro de Chihuahua, comimos, dimos una vuelta y nos regresamos. Al otro día tenía que trabajar y Víctor asistir a la escuela.

VIH (INFORMACIÓN DE INFOSIDA)

En concreto, el VIH ataca y destruye los linfocitos CD4, que son un tipo de células que forman parte del sistema inmune y que se encargan de la fabricación de anticuerpos para combatir las infecciones causadas por estos agentes externos. Cuando encuentra un CD4, el virus se fija a la membrana de la célula y fusiona su cápside con la membrana celular, de modo que ahora puede introducir su material genético para que esta célula se ocupe de reproducirlo (multiplicarlo). Una vez que ha comenzado la replicación, sale a la sangre y se propaga por todo el cuerpo, infectando otras células que también usarán para que multipliquen su material genético.

Cuando esta multiplicación se produce, hay copias del virus circulando por la sangre (el número de copias del virus es lo que se conoce como *carga viral*) y se reduce la cantidad de células CD4 del organismo, que acaba produciendo una deficiencia inmunitaria.

Los medicamentos contra el VIH impiden que el virus se reproduzca (se replique), lo que reduce la carga viral. Al tener menos concentración del VIH en el organismo, el sistema inmunitario tiene más posibilidad de recuperarse y, aunque el virus no se llega a eliminar del todo del cuerpo, el sistema inmunitario está lo suficientemente fuerte como para combatir las infecciones y ciertos tipos de cáncer relacionados con el VIH.

Como madre, lo que sé es que debo mantener a mi niño con una carga viral debajo de cuarenta, lo que quiere decir que el virus está controlado y casi indetectable. En diciembre de 2014 tuvimos la primera cita. Me dijeron que la carga viral anterior era de 39 000

copias, esto quería decir que el virus estaba muy replicado y que podía contagiarse de algún virus o bacteria rápidamente, ya que sus defensas eran muy bajas.

En marzo de 2015 había bajado considerablemente a 2400 réplicas de carga viral, en agosto 2015 se redujo a 900; en diciembre de 2015 descendió a 400 réplicas y, para entonces, ya había subido de peso y se había estirado un poco más. Estábamos felices de saber que ese virus no podría contra nosotros. Sin embargo, todo 2017, en lugar de seguir bajando, se mantuvo en 900 réplicas.

La pediatra me dijo que no le estaba dando el medicamento como debía, que tal vez se me olvidaba o se me pasaba la hora. Me lo dijo de manera grosera y muy molesta. Contesté que era la más interesada en que mi hijo estuviera bien, que en mi celular está programada una alarma que no deja de sonar a la hora en que hay que darle el medicamento, además de que el niño siempre está conmigo, no se queda en guardería ni con nadie más. En fin, la doctora no me creyó y nos mandó con la psicóloga del hospital, porque para ella estaba siendo negligente.

La psicóloga es la primera persona que conocí en esa institución, antes de que me dieran al niño. Ella fue quien me atendió y me dio orientación al respecto. Pasó al niño y luego a mí. Me dijo que no veía omisión de cuidados de parte mía, que tal vez algún medicamento no le estaba haciendo efecto o, al menos, no el esperado. Me sacó una cita con la directora del hospital, ya que ella no podría ayudarme más.

La directora me explicó que había un examen que era muy caro, pero que iba a hacer todo lo posible para conseguir la aprobación y que se le realizara. Se llama genotipo y, por lo que me explicó, determina exactamente a cuál medicamento se hizo resistente el virus. Logró que se aprobara y lo realizaron el 5 de septiembre. Los resultados estarían hasta seis semanas después.

El 27 de octubre de 2017 fuimos a la cita. Los resultados ya se encontraban en el expediente y, en efecto, hay dos medicamentos

a los que el virus ya se había hecho inmune. Ahora solo queda esperar el cambio de medicamento y el próximo análisis para ver si funciona bien. Tengo fe en que pronto así será y mi niño estará aún mejor.

Me trajo un gran alivio saber que mi hijo va a tomar el medicamento correcto que en verdad va a mantener controlado el virus. A pesar de que no está controlado aún, su condición física es buena. Cuando le da gripe, hay que llevarlo inmediatamente al doctor. Víctor no está acostumbrado a que se preocupen por él. Cuando lo llevo al médico, me da las gracias. No comprende que los apapachos, cuando uno está enfermo, los hace cualquier madre. Él cree que hago algo extraordinario únicamente por ponerle en las noches Vick VapoRub y darle su medicamento.

LÍMITES

En una ocasión estaba enojado en su cuarto, gritaba y lloraba como si le estuviera dando una paliza. Yo estaba afuera de la habitación, escuchándolo. Tenía miedo de que se fuera a lastimar. Entonces escuché que decía: “¡No es justo. No quiero estar aquí, quiero a mi mamá!”. Me sentí como si me hubieran dado un golpe que hiciera que se me doblaran las piernas. Me senté en el suelo y comencé a llorar en silencio.

Cuando escuché que él estaba más tranquilo, fui a mi habitación y le pedí a Dios que me diera una señal de que estaba haciendo lo correcto. Víctor estaba enojado porque ese fin de semana no saldría de paseo como consecuencia de lastimar a una compañerita con un lápiz. Abrí la Biblia, la página era Proverbios 13:24 que dice: “El que detiene el castigo, a su hijo aborrece; y el que lo ama, desde temprano lo corrige”. Respiré profundamente, “tengo que ser fuerte y corregirlo ahorita”, pensé.

Como madre adoptiva te sientes mal al poner castigos y reglas, es lo más difícil, ya que ni siquiera los conocen y no comprenden de límites. Cuando le doy “consecuencias” a Víctor, me siento un ser malvado y despreciable porque ya sufrió mucho, y deseo con todo mi corazón que sea feliz. Pero cada vez que comete una falta, se la aplico. Entramos en conflicto en ese momento, pero como le cumplo lo que le digo, me ha funcionado. No repite lo mismo dos veces. Esto le ha dado un enorme crecimiento como persona en muy poco tiempo.

Cuando pasa la tempestad, le digo que siempre, por nuestros actos, hay consecuencias, y que parte de la responsabilidad es

asumirlas. Si me paso con el carro cuando está la luz roja en un semáforo, ¿qué pasa? Las consecuencias pueden ser que me lastime o que lastime a otras personas e ir a la cárcel, solo por no respetar las luces del semáforo. Hay límites que sirven para nuestra seguridad y la de los demás. Víctor es muy inteligente y sé que lo entiende, aunque en su momento saque ese carácter fuerte que tiene.

LA UNIÓN DE UNA MADRE CON SU HIJO

Víctor vivió con su mamá unos años y, aun así, la ama con todo su corazón. Ella lo descuidó, maltrató, lo expuso a muchos peligros; sin embargo, únicamente piensa en el momento en que la verá cuando esté grande y la vaya a buscar.

Hace unos días andaba muy extraño, por cualquier cosa se molestaba, renegaba o le daba sentimiento. Le comenté a mi hermana que no lo veía bien, su actitud no era la de siempre. Él es muy alegre y no sabía qué le sucedía. Era miércoles, ya tenía toda la semana así y entró a la oficina desganado y molesto. Se sentó en la silla.

–¿Todo está bien?, ¿cómo fue tu día? –le pregunté.

–Bien, gracias a Dios.

En la computadora estaba escuchando una canción.

–Dame unos minutos, voy a mandar un correo y nos vamos –le dije.

Como no platicaba como es su costumbre, alcé la vista para observarlo. Tenía las manos en la cara y estaba llorando. Lo dejé unos instantes, luego le extendí los brazos, se acercó y lo abracé fuerte.

–¿Qué sucedió? –le pregunté.

–Esa canción me recordó a mi mamá. La extraño mucho.

Lo abracé por un rato.

–Cuando seas grande y vayas a buscarla, va a estar feliz de verte. La puedes invitar a comer y ella se sentirá orgullosa de ti, de ese hombrecito en el que te habrás convertido.

Estuvimos en la oficina hasta que se tranquilizó un poco.

El viernes teníamos cita en CAPASITS. Cuando la enfermera terminó de pesarlo, se acercó y me dijo en el oído:

–La mamá del niño apareció por aquí. Al parecer, va a estar viniendo a consulta, no le puedo dar más información. Hable con la trabajadora social.

–Efectivamente –me dijo la trabajadora social–, la madre biológica entró en un centro de rehabilitación y de allí la trajeron. Ella tiene que tramitar el Seguro Popular; antes de terminar el proceso de rehabilitación nosotros, como institución, no podemos negarle el servicio. Pero no se preocupe, es muy probable que no venga. De cualquier manera, vamos a estar en alerta para que no se encuentre con ustedes. El niño está muy bien y creo que sería catastrófico que la viera en este momento. No le traería ningún beneficio, al contrario.

El domingo siguiente preparaba el desayuno cuando bajó y me dijo:

–Mami, soñé a mi mamá Ana, sentadita en una silla, que estaba en un lugar para que la curaran. Mi tía Lolita me llevaba, yo la veía y corría a abrazarla muy fuerte.

–¡Qué bien!, ¿y cómo te sientes?

–¡Feliz! –me contestó.

Me quedé impresionada por el lazo que existe entre una madre y su hijo a pesar de las distancias. Era imposible que me hubiera escuchado hablar con la trabajadora social. Y días antes estaba muy intranquilo y sentimental. A partir de ese día siguió siendo el mismo de siempre, optimista y alegre.

¿QUÉ ESPERO DE MI HIJO?

Creo que los hijos, biológicos o adoptivos, somos desagradecidos con nuestros padres. No espero algo de él cuando crezca, excepto que sea una buena persona; que sea un hombre responsable y feliz. Es todo lo que deseo. No puedo obligarlo a quererme ni mucho menos a que olvide a su madre o fomentar en él algún rencor. Al contrario, he tenido que dejar de ser egoísta y aprender que me sea suficiente el amor que siento por él. Y decirle que su mamá le dio una oportunidad al darlo en adopción, y que cuando él crezca, podrá buscarla. Él, con su gran sonrisa, me dice: “Solo la voy a visitar y luego me regreso contigo”. Tal vez así será, tal vez no. De cualquier manera, hay una etapa en la que los hijos abandonamos a nuestros padres para hacer nuestra propia vida.

Si decide irse con ella, no lo puedo detener. Únicamente quiero que sepa que mi corazón siempre lo va a recibir con ese gran amor que le tengo.

Un día me dijo: “Cuando crezca y busque a mi mamá, vas a ir conmigo para que te conozca y te dé las gracias porque me cuidaste todo el tiempo”. Sonríó y pienso: “Que no me dé las gracias, solo que te reciba como tú esperas y no te vuelva a lastimar”.

SER MADRE ADOPTIVA

Normalmente las mujeres decidimos en qué momento quedar embarazadas o, simplemente, los hijos llegan por un descuido. La sociedad no te pide acudir a un curso de Escuela para Padres cada viernes durante tres meses, ni justificar solvencia económica, ni mucho menos que presentes testigos de que eres una persona con moral, además de una serie de requisitos.

No importa si cuando vas a ser madre tienes doce, dieciséis, dieciocho o treinta años, pero a una madre adoptiva, que ha tenido que superar el hecho de no ser madre biológica, que se ha sometido a uno o varios tratamientos dolorosos de fertilidad, que ha tenido que cargar con malos comentarios de conocidos y familiares, que tiene problemas con su pareja y que debe superar la culpa que siente si es ella la del problema médico, todavía debe justificar ante la sociedad que merece ser madre. ¡Ironías de la vida!

Siempre quise ser madre. Aun cuando no sabía exactamente lo que significaba, lo deseaba. A veces no comprendía a mi mamá. Mi hermana mayor me decía: “¡Cuando seas madre, entonces comprenderás!”. Ahora que lo soy, entiendo que ves la vida desde otra perspectiva.

Es raro, pero desde que soy madre he notado cambios en mí: tengo habilidad para las manualidades, la cocina y otras cosas en las que nunca fui buena, además de un sexto sentido que me indica cuando algo no está bien, aunque esté a distancia. Mi egoísmo ha disminuido mucho y me ha brotado un inmenso amor por ese pequeño ser que me llama mamá. Creo que estos cambios te los da Dios como regalo para fortalecerte, porque no es fácil

ser madre; implica amar a esa personita con toda la ternura que como ser puedo dar.

No importa si él me quiere o no, el amor que siento por él es suficiente, pero debo ser sincera: el primer día que lo vi no sentí eso, ni el primero o segundo año. Durante el año y medio que duró la espera, leí mucho sobre adopción, y contaban que era complicado, pero que el cariño que se sentía por los hijos valía la pena. A mí no me sucedió tan rápido y es muy difícil soportar, cuidar y tolerar a alguien si no es por amor.

FELICIDAD

Mi hijo poco a poco va llenando su cabecita de recuerdos agradables: sus Navidades, los regalos que recibe de parte de sus tíos y su querida Tita. Sus cumpleaños y el hecho de que nos pasamos festejándolo varios días. Ya tiene ese brillo especial en su mirada; cuando me platica lo sucedido durante el día, lo observo detenidamente. A veces no lo estoy escuchando, solo lo observo; él es el hombrecito de mis sueños, me hace feliz con su presencia, con su plática, con su risa. Lo veo con cariño, con ese inmenso amor de madre que nunca pensé tener. Es alguien a quien admiro por su entusiasmo a pesar de las cosas difíciles por las que pasó; es un niño positivo, tiene facilidad para adaptarse a las circunstancias.

Es un ejemplo para mí. Salir de tanta maldad, de tanta inmundicia y poner todo de su parte para cambiar y mejorar, definitivamente es un niño resiliente. Además, contagia con su alegría, con sus ganas de vivir. Es un niño muy guapo y vanidoso, además de romántico. Sé que pronto empezaré con los problemas de la adolescencia. Mi hermana menor hace unos días habló conmigo:

–Voy a pedir a Dios por ti –me dijo.

–Por favor, pídele que me dé paciencia –contesté rápidamente.

Nos soltamos riendo, luego agregó:

–¡Cómo han cambiado tus necesidades! Antes me decías que le pidiera a Dios que te diera mucho dinero y ahora quieres paciencia...

Hoy doy gracias a Dios por cada mañana que lo veo que está bien, eso es suficiente para sentirme inmensamente bendecida.

Martes 21 de noviembre de 2017

Hoy es nuestro aniversario. Víctor cumple tres años conmigo y siempre festejamos, ya que para los dos es una fecha muy significativa. Hasta hace unos meses empecé a quererlo como una madre; ahora sí me duele el corazón cuando le pasa algo. Puedo decir que mi hijo es una bendición en mi vida. Disfruto su risa, su plática, porque parece perico, y puedo ver a través de sus ojos.

Él sabe que tiene una familia que lo ama y, lo más importante, que su mami nunca lo va a dejar o regresar al albergue pase lo que pase. Empieza a ser más seguro de sí mismo, ya decide sus gustos en cuanto a ropa, comida, música y actividades.

Mi rey, como le digo de cariño, es alegre, le gusta mucho la música, cantar y bailar, es independiente en todo. Es muy inteligente, tiene un carácter explosivo y es terco, igualito que yo. Les tiene miedo a las alturas y a los bichos, sean los que sean. Es una personita muy noble a pesar de sus experiencias pasadas. Él es el hijo que Dios me tenía destinado; si lo hubiera parido, no sería tan parecido en carácter y tan compatible conmigo.

Me quedo admirada del cambio físico y de hábitos que ha tenido y todo es gracias a su esfuerzo, porque quiere ser mejor cada día. No tenía problemas de lenguaje, más bien nadie se tomó el tiempo de corregirlo para que pronunciara correctamente las palabras y eso se corrigió en los primeros meses. En la escuela sus calificaciones no son excelentes, pero sí buenas, de ocho para arriba.

Cuando salimos de la escuela ponemos música en el carro mientras vamos a la casa y me dice: “¡Es hora de cantar, mami!”, tiene una vitalidad sorprendente. Me siento orgullosa y sé que todavía nos quedan muchas aventuras por vivir. Quiero verlo casado, con hijos y realizado en un trabajo, pero, sobre todo, quiero que sea feliz.

Respecto a su enfermedad, parece un niño normal, pesa y mide lo que debe. Nunca se cansa, corre todo el día en la escuela y, en la

tarde, todavía quiere salir al parque o a pasear. Cada mes vamos a que lo revisen y le den su medicamento; empezará a entender qué enfermedad tiene. Le digo que debe ser una persona responsable con los demás.

¿Ha sido fácil? La respuesta es no, al contrario, ha sido muy difícil para ambos adaptarnos, pero ¿qué padre o madre puede, incluso cuando su hijo es biológico, decir que es fácil criarlos y educarlos? Todo lo que aprendí en el curso fue nada al escuchar sus relatos de lo que pasó. Al principio yo odiaba a su madre, no entendía cómo le había causado tanto daño. No comprendo, ¿cómo no vio lo especial que es? ¿Cómo puede vivir sin él? A tres años de conocerlo lo amo y lo disfruto mucho. No sabe la bendición tan grande que perdió.

Antes me inspiraba ternura, pero era alguien que no conocía, no sabía qué le gustaba o molestaba, qué le dolía, qué lo ponía feliz o qué lo hacía sentir triste. Todos los días doy gracias a Dios por permitirme ser madre de una persona tan especial, sé que no merezco esa bendición, pero Él, en su infinita misericordia, escuchó mis ruegos y no me dio a cualquiera, me dio al mejor. Mi hijo era como un pajarito, pequeño, lastimado y sin fuerzas, aleteaba con ganas, pero en esas condiciones no lograba alzar el vuelo. Afortunadamente, poco a poco van cicatrizando sus heridas, sus alas se fortalecen, las levanta y las mueve con mucho entusiasmo. Ya siente la libertad, pronto volará y espero que llegue muy lejos.